



3
5

ESTRADA

—
MEXICO

DEL ARCHIDUCO
MAXIMILIANO
DE AUSTRIA

F1233

.M395

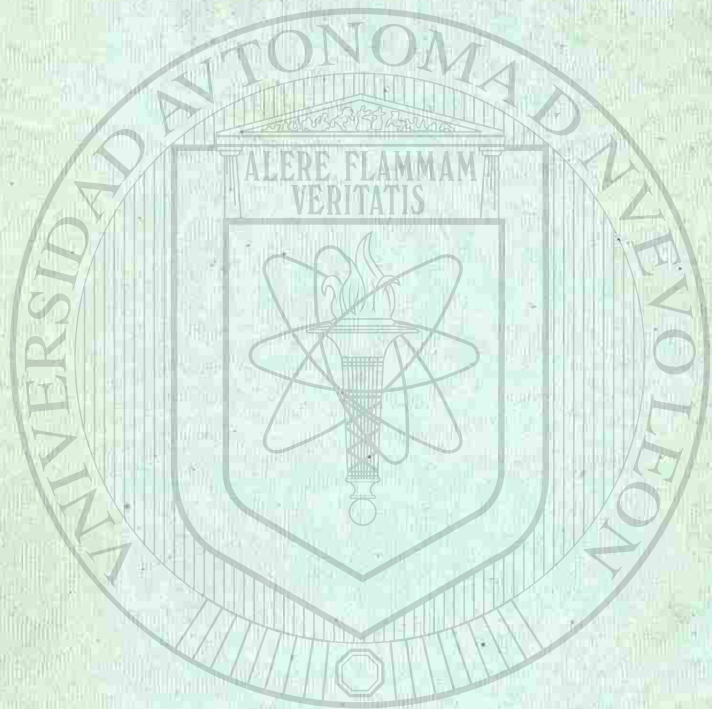
G985

1862

1004773



1020002762



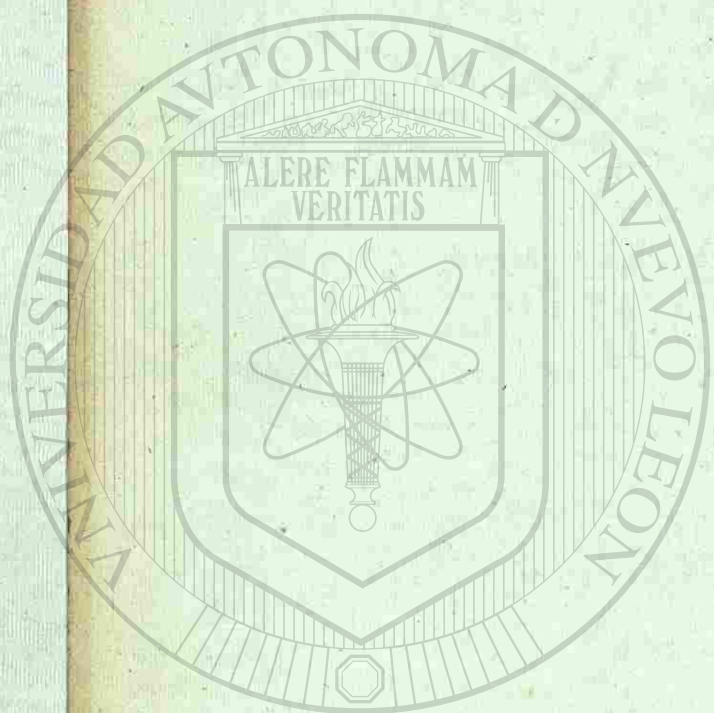
UANL

22
7
159

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





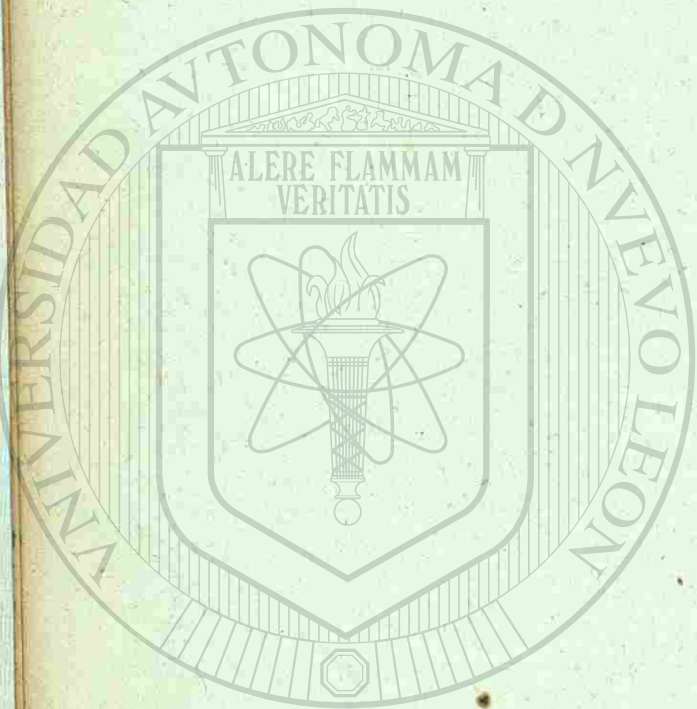
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



104553



MÉJICO

Y EL ARCHIDUQUE

FERNANDO MAXIMILIANO.

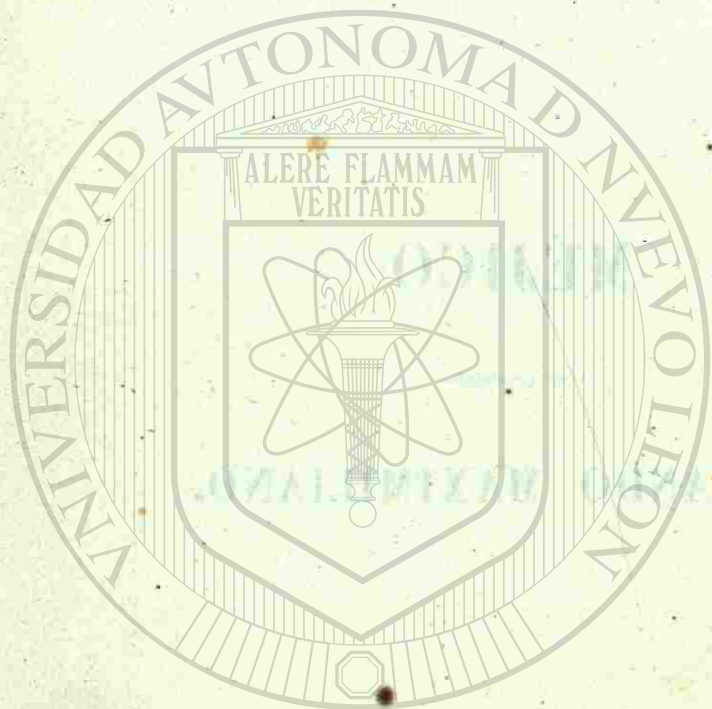
UANTL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



F1233
M395
6985
1862



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Paris. — Imprenta de Ad. R. Lainé y J. Havard, calle des Saints-Pères, 19.

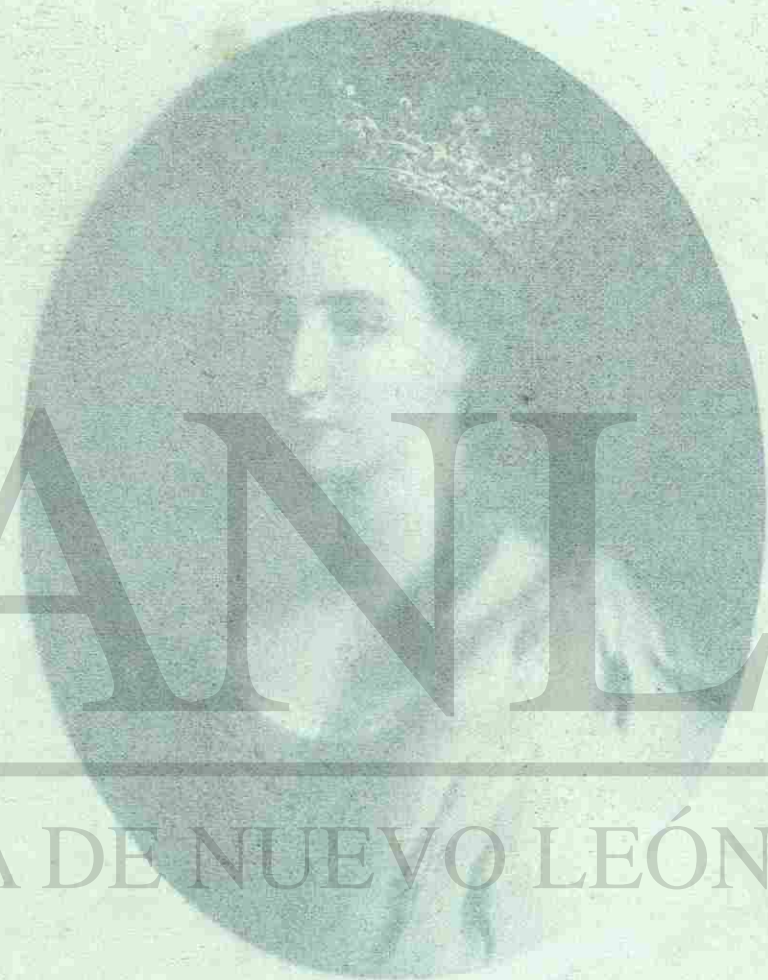




Lithographé par LÉON NOËL.

FERNANDO MAXIMILIANO
ARCHIDUQUE DE AUSTRIA.

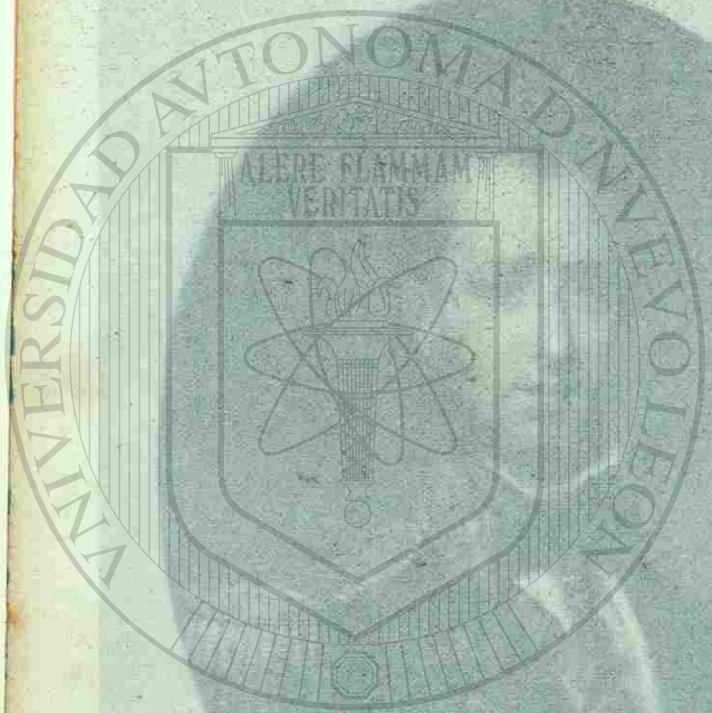
Im. Lathier et Fils de Saint-Petersbourg.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

24



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

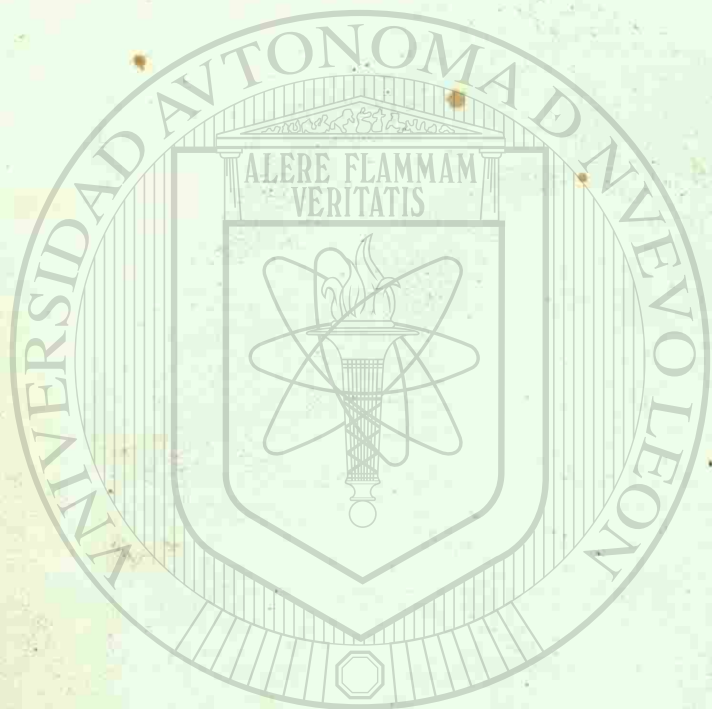
FERNANDO MAXIMILIANO
ARCHIDUQUE DE AUSTRIA



CARLOTA
ARCHIDUQUESA DE AUSTRIA

Lithographie par LEON NOEL

Imp. Leconte, 57 r. de Saint-Hippolyte



MÉJICO ✓

Y EL ARCHIDUQUE

FERNANDO MAXIMILIANO

DE AUSTRIA

POR

DON J. M. GUTIERREZ DE ESTRADA ✓

Antiguo Ministro de Relaciones interiores y exteriores de Méjico.

SEGUNDA EDICION

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

PARIS. ✓

LIBRERIA ESPAÑOLA DE GARNIER HERMANOS

CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1862. ✓



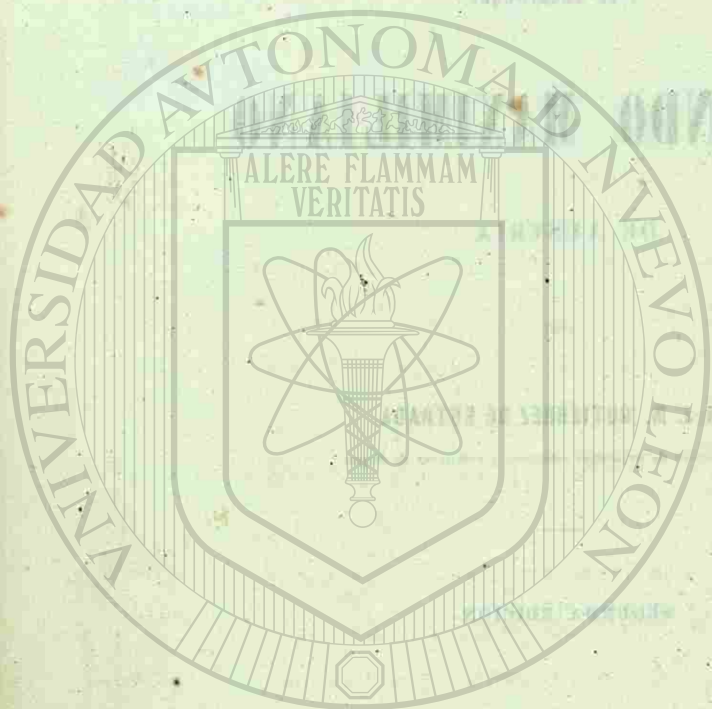
FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

*Biblioteca particular de
José H. Servien.*

ADVERTENCIA.

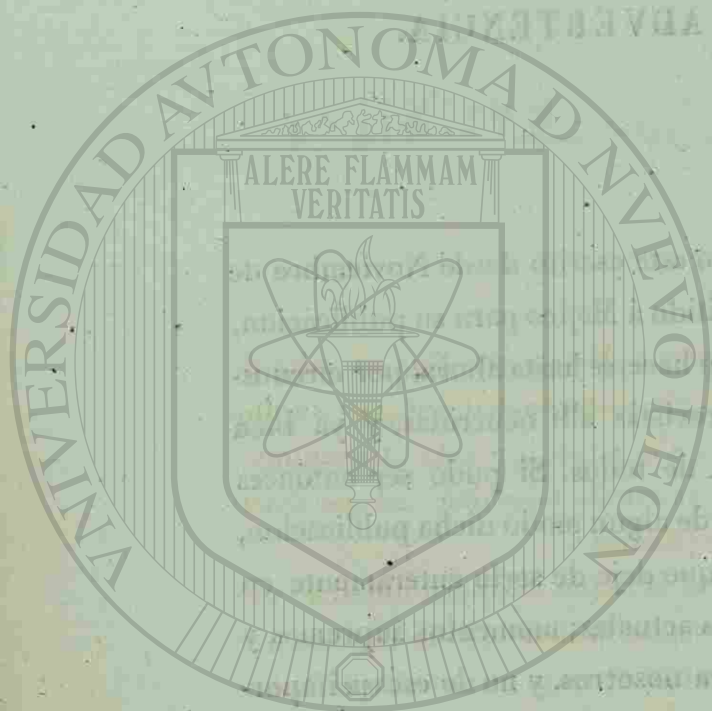
Redactado este escrito desde Noviembre de 1861, y remitido á Méjico para su publicacion, no ha podido hacerse hasta ahora, por circunstancias imprevistas allí ocurridas, y ya bien sabidas hoy de todos. Si pudo ser entonces conveniente de algun modo dicha publicacion, no creemos que deje de serlo enteramente en los momentos actuales; momentos supremos y decisivos para nosotros, y no de escasa importancia para las naciones de Europa que mas interes tienen en el pronto y satisfactorio desenlace de la cuestion mejicana que hoy tanto las ocupa.

Paris, 30 de Mayo de 1862.



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

Robinson Fontana
San H. Gervasio



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

[Faint, illegible text from the reverse side of the page]

I.

A mi regreso á Méjico en 1840, al cabo de algunos años de ausencia, hallé al país en una de esas profundas crisis que está atravesando, casi desde el momento mismo de haberse constituido en República.

Discutiase á la sazón la oportunidad y conveniencia de variar la constitucion vigente, por medio de una Convencion nacional, que habia de reunirse con ese objeto.

Juzgué yo entónces que, en uso de mi derecho, y cumpliendo con los deberes de buen ciudadano, estaba en el caso de declarar lealmente mi sentir en la materia.

Comencé por exponer, con toda verdad, el lastimoso estado del país, y recordar que, no obstante las modificaciones y reformas hechas en diversas épocas, y por todos los partidos, al

Código fundamental, adoptado por la nacion en 1824, se habian ido agravando nuestros males en una alarmante y espantosa progresion.

Entónces fué cuando, sobresaltado el ánimo y affligido el corazon, renuncié los cargos de Ministro y Senador, á fin de quedar mas desembarazado para manifestar mis sentimientos y temores sin pararme en las funestas consecuencias personales que tal declaracion pudiera ocasionarme, é invoqué en nombre de la razon y de la historia, y en términos los mas pacíficos, la monarquía representativa como la única tabla de salvacion para el país.

Descansando yo en la facultad que la constitucion reconocia en todos los ciudadanos de publicar libremente sus pensamientos, en cuanto no se opusiesen á las leyes establecidas, facultad aun mas amplia y legítima entónces, pues que se trataba abiertamente de cambiar el Pacto fundamental, me resolví á tomar parte en el debate público, dirigiendo mi voz sincera y concienzuda á la nacion.

Propúsele, pues, con la mayor deferencia, que *examinara si la forma monárquica, con un Príncipe de estirpe real, no seria mas acomodada á las tradiciones, á las necesidades*

y á los intereses de un pueblo, que desde su fundacion fué gobernado monárquicamente.

Como si con este simple consejo (pues no fué mas que un consejo) hubiera yo cometido el mayor de los crímenes, así se levantaron contra mí las pasiones de partido, juzgándose en peligro; contra mí que no era sino el intérprete de las necesidades y los dolores de aquella sociedad.

Olvidadas están ya, empero, y muy desde el principio, las injusticias y violencias conmigo usadas, y que me fueron harto mas sensibles por el honor del país que por mí mismo. Así lo atestigua, entre otras cosas, mi silencio, no interrumpido desde entónces, sino para promover el mas vital de sus intereses, siempre que el curso de los acontecimientos parecia serle propicio, con la adopcion de los medios que á mi juicio podian salvarnos; jamas para combatir á los que han venido gobernando la República, bastándome la satisfaccion de haber cumplido como buen patricio y hombre honrado. ¿Ni qué podian hacer aquellos hombres, dado que lo quisieran, teniendo que luchar con un mal cuya raíz no se trataba de estirpar? No era por tanto suya exclusivamente la culpa.

No de otra manera entiendo desempeñar hoy una obligacion, igualmente imperiosa, dirigiéndome de nuevo á mis conciudadanos, con la misma lealtad y buena fe.

II.

No es por cierto una vanidad mezquina y egoísta, la que me mueve á reproducir ahora algunos pasajes de mi opúsculo de 1840, que los hechos han venido tristemente á confirmar punto por punto, sino el legítimo deseo de autorizar mas mis razones, y esto en obsequio solamente de la verdad y la justicia, ya que para desvirtuarlas podria insinuarse, como mas de una vez ha sucedido, que *al cabo de una tan larga ausencia de Méjico no podia yo conocer su situacion actual*; como si desde 1840, no hubiera yo puesto el dedo en la llaga, sin quitarlo jamas, y como si hubiese cambiado la naturaleza del mal ó la oportunal del remedio propuesto por mí entónces. Díganlo sino los hechos, que hoy mismo estamos palpando

por la accion de las grandes potencias marítimas de Europa.

En 1840, escribíamos lo que sigue (1):

..... « Pero entre nosotros, ¿ acierta acaso
« á divisar siquiera el patriota honrado algo
« que pueda consolarle? Despues de las pasa-
« das desventuras, ¿ qué ve sino males presen-
« tes agravados por los mas funestos presenti-
« mientos? »

« Por eso, repito, que me parece llegado ya
« el momento en que la nacion dirija su vista
« hácia el principio monárquico como el único
« medio de hacer que renazca entre nosotros
« la paz por que tan ardientemente anhelamos.
« No descubro tampoco otro modo de sal-
« var nuestra nacionalidad, inminentemente
« amenazada por la raza anglo-sajona, que
« trasladada á este continente, se apareja á in-
« vadirlo todo, apoyada en el principio demo-
« crático, elemento de vida y de fuerza para
« ella, así como gérmen de debilidad y muerte

(1) Carta al E. S. Presidente de la República, por Don J.-M. Gutierrez de Estrada, antiguo Ministro de Relaciones interiores y exteriores.

Méjico, impreso por Ignacio Cumplido, calle de los Rebeldes, n° 2, 1840.

« para nosotros. A su sombra, á la vista está,
« han prosperado nuestros vecinos tanto, como
« nosotros hemos retrocedido en todos senti-
« dos, así en lo moral como en lo material.
« Y no se nos vengan ahora los empíricos po-
« líticos con sofismas escolásticos, para probar
« lo contrario; como si el hecho de contar ya
« nosotros veinte años (1) de la guerra civil
« mas mezquina y estéril que jamas ha exis-
« tido, no fuese bastante para acreditar, que
« no solo el estado de nuestra riqueza y de to-
« dos nuestros intereses materiales, sino el de
« nuestras costumbres debe ser el mas infeliz
« y lastimoso. Podrán haberse hecho, si se
« quiere, algunos progresos en ciertos ramos
« de industria, y acaso en el lujo (el cual en
« las circunstancias actuales de la nacion no
« puede dejar de ser ruinoso), pero no deben
« atribuirse en manera alguna tan menguados
« adelantos á la forma del gobierno republi-
« cano, sino á la comunicacion franca y al roce
« frecuente con los pueblos extranjeros; re-
« sultado necesario de nuestra independenciam
« y de la marcha natural del siglo, sensible

(1) Ahora van ya mas de 40! (1861)

« en todas partes, puesto que no ha podido
« dejar de serlo ni aun entre nosotros, afano-
« samente ocupados en nuestras miserables
« rencillas domésticas. Quizá deberemos atri-
« buir precisamente al sistema republicano,
« origen y fomento de nuestras perpetuas
« turbaciones, la tristísima circunstancia de
« que no hayan sido mas prontas y mas segu-
« ras esas mejoras.

« ¿Cómo está la instruccion pública? ¿Cómo
« la legislacion civil, la criminal, la mercantil,
« la fiscal? ¿Cuál es la organizacion de todos
« los ramos de la administracion pública?
« ¿Cuál la del ejército? ¿Cuál la moralidad de
« nuestros empleados en la hacienda? ¿Cuál
« la de los encargados de la administracion de
« justicia? ¿Cuál el estado de la riqueza indi-
« vidual de nuestros conciudadanos que sirve
« de base precisa á la riqueza pública? ¿Y por
« otro lado, qué caminos, qué canales hemos
« abierto; qué fortalezas, qué obras públicas,
« ni las que nos dejaron los Españoles, he-
« mos sabido reparar ni conservar siquiera?
« ¿Hemos sabido ni aun reemplazar por
« nosotros mismos á esos Españoles, á quienes,
« diez años despues de nuestra emancipacion,

« se hizo moda colmar de improperios y llamar
« bárbaros y tiranos? no faltando quien en
« una ocasion solemne, invocara los rayos del
« cielo sobre la tumba de uno de los hombres
« mas grandes de los tiempos modernos (1)!
« Nosotros que nos gloriamos de ser hijos
« de este hermoso país, ¿qué hemos hecho por
« él? Véanse hasta las calles de esta capital, la
« reina del vasto imperio que regia España en
« este inmenso continente, y se verá en ellas
« el emblema del estado físico y moral de
« nuestra sociedad. »

Y á la página 57, decíamos ademas:

« ¿Será posible que, dominando las mismas
« causas que tales efectos han producido entre
« nosotros, pudiésemos lisonjearnos de mejo-
« rar nuestra deplorable situacion? Y si esta
« empeora cada dia, como debe suceder mién-
« tras no se apele á un remedio radical y enér-
« gico, ¿podremos resistir ese torrente des-
« prendido del Norte, que ya ha invadido
« nuestro territorio y que lo inundará todo al
« impulso de los principios democráticos, que
« así constituyen la fuerza de aquel pueblo,

(1) Hernan Cortés.

« como hacen visiblemente nuestra impoten-
« cia? Si no buscamos por otra senda mas
« cierta el alivio de nuestros males, á Dios para
« siempre nuestra felicidad, y á Dios hasta
« nuestra independencia y la nacionalidad me-
« jicana. SI NO VARIAMOS DE CONDUCTA, QUIZÁ
« NO PASARÁN VEINTE AÑOS SIN QUE VEAMOS
« ONDEAR LA BANDERA DE LAS ESTRELLAS NORTE-
« AMERICANAS EN NUESTRO PALACIO NACIONAL. »

En 1847, los mismos que siete años ántes habian tratado de *retrogrado*, *visionario* y *traidor*, al autor de estos renglones, vieron cumplido su fatal pronóstico, con la entrada victoriosa de un pequeño número de extranjeros, constantes y declarados rivales nuestros, en la capital de la República.

El general en jefe americano no solo realizó estos tristes vaticinios, sino por la mas casual de las contingencias, usó, como se ve en su proclama, de mis mismas expresiones.

« Cuartel general del ejército americano en Méjico,
« Setiembre 14 de 1847.

« El valor de nuestras armas protegidas por
« Dios, despues de muchos gloriosos comba-
« tes, ha hecho *tremolar el pabellon de nuestro*

« país en la capital de Méjico, y en el palacio
« de su Gobierno.

« Cuando sea bien conocido el muy
« reducido cuerpo de tropas que ha acabado
« tan brillantes hazañas, se llenarán de asom-
« bro el mundo, y de admiracion y júbilo
« nuestros conciudadanos !

« Esta espléndida capital, sus tem-
« plos y su culto religioso, sus conventos, sus
« habitantes y propiedades, quedan desde hoy
« bajo la especial proteccion de la buena fe y
« honor del ejército americano... !

« WINFIELD SCOTT. »

Añadíamos por último en el mismo escrito :

« Al paso que vamos, podria no estar muy
« remoto el día en que cansadas las otras na-
« ciones del escándalo que presentamos y de
« nuestra incapacidad para remediarlo, inte-
« resadas ellas en la causa de la humanidad y
« la civilizacion, tomasen á su cargo corregirlo
« por sí mismas, interviniendo en nuestros
« negocios.

« Y ¿cuánto mas decoroso y patriótico no
« seria, que en el caso de decidirse la nacion
« por una monarquía, fuera de nuestra elec-

« cion el soberano, y no escogido por las po-
« tencias extranjeras, como ha sucedido en
« nuestros dias con los Griegos, y que en lu-
« gar de ser otorgada por aquellas mismas
« potencias la ley fundamental que deba re-
« girnos, sea mas bien obra propia nuestra,
« encaminada á labrar nuestra felicidad, y á
« servir de verdadero vínculo de union entre
« el Pueblo y el Monarca ? »

Y esta vez todo anuncia que por la fuerza
misma de las cosas, la segunda prediccion sal-
drá tan cierta como la primera.

III.

Bien notorio ha sido para todo observador
imparcial el estado de anarquía, de decadencia
y de completa disolucion de Méjico.

Poco despues de publicado mi escrito, me
dirigió el Ministro del Rey de los Franceses la
siguiente carta que me fué de gran consuelo,
cuando desde el lugar donde me habia refu-

« país en la capital de Méjico, y en el palacio
« de su Gobierno.

« Cuando sea bien conocido el muy
« reducido cuerpo de tropas que ha acabado
« tan brillantes hazañas, se llenarán de asom-
« bro el mundo, y de admiracion y júbilo
« nuestros conciudadanos !

« Esta espléndida capital, sus tem-
« plos y su culto religioso, sus conventos, sus
« habitantes y propiedades, quedan desde hoy
« bajo la especial proteccion de la buena fe y
« honor del ejército americano... !

« WINFIELD SCOTT. »

Añadíamos por último en el mismo escrito :

« Al paso que vamos, podria no estar muy
« remoto el día en que cansadas las otras na-
« ciones del escándalo que presentamos y de
« nuestra incapacidad para remediarlo, inte-
« resadas ellas en la causa de la humanidad y
« la civilizacion, tomasen á su cargo corregirlo
« por sí mismas, interviniendo en nuestros
« negocios.

« Y ¿cuánto mas decoroso y patriótico no
« seria, que en el caso de decidirse la nacion
« por una monarquía, fuera de nuestra elec-

« cion el soberano, y no escogido por las po-
« tencias extranjeras, como ha sucedido en
« nuestros dias con los Griegos, y que en lu-
« gar de ser otorgada por aquellas mismas
« potencias la ley fundamental que deba re-
« girnos, sea mas bien obra propia nuestra,
« encaminada á labrar nuestra felicidad, y á
« servir de verdadero vínculo de union entre
« el Pueblo y el Monarca ? »

Y esta vez todo anuncia que por la fuerza
misma de las cosas, la segunda prediccion sal-
drá tan cierta como la primera.

III.

Bien notorio ha sido para todo observador
imparcial el estado de anarquía, de decadencia
y de completa disolucion de Méjico.

Poco despues de publicado mi escrito, me
dirigió el Ministro del Rey de los Franceses la
siguiente carta que me fué de gran consuelo,
cuando desde el lugar donde me habia refu-

giado se oían los gritos de una turba asalarada, que pedía en la calle mi cabeza :

« Méjico, 28 de Octubre 1840.

« Mi apreciable amigo : acabo de terminar
« la lectura del impreso de V.^d ; con él se ha acre-
« ditado V.^d de hombre honrado y buen ciuda-
« dano. Los mismos que le censuran hoy le
« ensalzarán cuando llegue el caso. ¿ Qué im-
« portan á V.^d los clamores de esos energúme-
« nos, que las discordias civiles hacen elevarse
« por un momento para sepultarse de nuevo
« en la oscuridad ? Sus mismos gritos de
« rabia confirman las observaciones de V.^d y
« acelerarán el triunfo de sus opiniones.

« El cuadro que V.^d presenta de la situacion
« del país es demasiado fiel por desgracia :
« patentes están las falacias y los errores que
« V.^d señala, y en cuanto á la decadencia que
« deplora, como inevitable, como inminente,
« solo una necia vanidad podría disimular su
« peligro.

« El remedio que V.^d propone es el único que
« podrá salvar el Estado. V.^d habrá sido pro-
« feta, y hágase y dígase lo que se quiera, la
« fuerza misma de los hechos traerá consigo el

« resultado que V.^d indica. Es indudable que
« la Providencia, que vela sobre los destinos
« de las naciones, es quien ha inspirado á V.^d la
« publicacion de este escrito, y esa misma
« Providencia hará prevalecer las máximas de
« V.^d, é impedirá que este hermoso país se
« acabe de suicidar.

« Persiguen á V.^d, ¿ y por qué ? V.^d no ha pro-
« vocado la guerra civil ; todo lo contrario. V.^d
« no ha invocado en modo alguno la fuerza
« brutal para trastornar la República. V.^d ha
« dicho : *Vedaquí el mal, tened valor bastante*
« *para contemplarlo ; ahí están los médicos,*
« *apresuraos á llamarlos : tal es mi opinion*
« *personal : gustoso la someto á los que están*
« *encargados de aplicar á ese mal el remedio*
« *conveniente.*

« Nada de esto es un crimen ; se necesita
« toda la ceguedad de las pasiones, se necesita
« la rabia de las ambiciones amenazadas en su
« objeto y en sus miras favoritas ; se necesita
« mucho orgullo insensato para suscitar contra
« V.^d esta infame persecucion con el fin de sa-
« crificarle, lo cual indigna á todo corazón
« leal y generoso.

« Pero serán vanos los esfuerzos de estos

« hombres que yo no quiero calificar; lo re-
« pito, la Providencia es mas fuerte que ellos,
« y acaso habrá hecho penetrar en los ánimos
« la evidencia de la debilidad de cuanto ahora
« existe; ella sabrá obrar segun sus designios
« á fin de que esta conviccion moral produzca
« la reforma de las cosas.

« Apreciable y excelente amigo, yo que ya
« queria á V.^a antes de publicar su escrito, le
« quiero doblemente despues de haberlo leído.
« Es todo de V.^a y le quiere de todo corazon

« El Barón ALLEYE DE CIPREY. »

El Ministro de Inglaterra, Sir Richard Pa-
kenham, me escribió igualmente el 11 de Di-
ciembre de 1841, de aquella capital: « Nada
« diré á V.^a de las cosas tan extrañas que aquí
« pasan, sino es que todo viene á confirmar la
« exactitud de los juicios y opiniones expresa-
« das por V.^a en su reciente opúsculo. »

En 1844, M. de Mofras, agregado á la lega-
cion de Francia en el mismo país, publicó, á
su regreso de América, de órden de su go-
bierno, una obra en que pinta el deplorable
estado de Méjico, y propone como su único re-
medio el restablecimiento de la monarquía.

En Europa, los órganos mas conocidos de la
opinión pública consideraban bajo el mismo
punto de vista nuestra situacion.

El 12 de Setiembre de 1842, un escritor
distinguido, actual miembro del Senado, decia
en el *Diario de los Debates* :

« Y despues de tan triste exposicion, el Señor
« Gutierrez de Estrada repetia las palabras cé-
« lebres del héroe del levantamiento de las
« antiguas colonias españolas : « Hemos com-
« prado nuestra independencia, dijo Bolívar
« con gran amargura, á costa de todos los de-
« mas bienes políticos y sociales, » presentando
« por último á sus conciudadanos dos perspec-
« tivas, una terriblemente humillante para el
« honor mejicano, la otra fatal, aun para la
« misma existencia nacional : ó la Europa, can-
« sada de asistir al vergonzoso espectáculo de
« un país destinado á ser fuerte y glorioso, y
« que no sabe hacer otra cosa sino dar testimo-
« nios de su incapacidad y degradacion moral,
« intervendrá en nombre de la humanidad y la
« civilizacion, arreglando el porvenir de Méjico
« por su propia autoridad, y sin consultarle; ó
« bien, esas mismas potencias europeas no que-
« riendo tomarse tal cuidado, ó no pudiendo



« entenderse entre sí para ello, se abstendrán,
« y en ese caso los aventureros del Norte, que
« ya se han apoderado de Téjas, pasando el rio
« Bravo, no tardarán en hacer lo mismo, im-
« poniendo la ley, una por una, y una despues
« de otra, á todas las provincias mejicanas. La
« independenciam de Méjico concluirá así, y el
« estandarte estrellado de la Union Americana
« ondeará en el palacio nacional, trasformán-
« dose la incomparable catedral de Méjico en
« templo protestante. El Señor Gutierrez de
« Estrada tiene razon; en esa alternativa se
« halla fijada, en efecto, la suerte de Méjico,
« si los Mejicanos no tratan de enmendarse.

« El escrito del Señor Gutierrez de Estrada
« es mas que un simple escrito, es un suceso.
« El autor ha sido proscripto por haber di-
« cho la verdad, pero sus ideas quedan en pié
« y tienen que propagarse.

« Seria prematuro figurarse que Méjico va
« á sacudir al punto el yugo de una minoría
« turbulenta que hace recordar á los mamelu-
« cos de Egipto ántes de la invasion de Bona-
« parte, pero la constitucion mejicana está ya
« juzgada largo tiempo há, por todos los hom-
« bres imparciales y pensadores.

« Méjico está desmintiendo del modo mas
« patente á los que créen que se puede cam-
« biar impunemente la constitucion de un pue-
« blo, y que las formas de gobierno que ha-
« cen próspera y feliz á una nacion, pueden
« sin peligro imponerse á otra totalmente di-
« ferente en sus tradiciones, su educacion re-
« ligiosa y sus costumbres. Hoy se levanta una
« nueva bandera, y el partido del órden ten-
« drá ya un centro de union, cosa que hasta
« ahora le habia faltado. Sentadas están ya é in-
« disolublemente unidas entre sí, las dos bases
« del único sistema que puede asegurar la
« prosperidad y la libertad de Méjico : el altar
« y el trono. La gratitud pública no podrá
« olvidar ni el valor ni los prudentes consejos
« del Señor Gutierrez de Estrada.

« Sus mismos enemigos parecen empeñados
« en favorecer el triunfo de sus ideas; porque
« hay ya motivos para creer que el gobierno
« de Santa Ana será una dictadura militar
« muy poco disfrazada. De esta á la monar-
« quía templada, única que pide el Señor Gu-
« tierrez de Estrada, y única que puede de-
« searse para Méjico, hay una distancia mu-

« cho menor que de un caos demagógico ó de
« una anarquía parlamentaria. »

Los mismos republicanos de Francia rechazaban con desden toda mancomunidad con aquella ávida demagogia y aquella desenfrenada anarquía. « *No imitemos la salvajería mexicana!* » exclamaba el *Nacional* de Paris con ocasion de los repetidos desórdenes que los artesanos del Barrio de *Saint-Antoine* movian en 1837 contra otros de su mismo oficio recién llegados de Alsacia, tomándolos por extranjeros.....!

« *V.ºs están comprometiendo la idea republicana mostrándola en acción en Méjico.....* » decia un redactor de ese mismo periódico, M^r Armand Marrast, presidente de la *Asamblea nacional* en 1848, á nuestro Ministro en Francia Don Máximo Garro.

En Méjico mismo, en 1846, el Presidente del Congreso, á la sazón compuesto en su gran mayoría de individuos pertenecientes al partido mas democrático y radical, contestando en sesión solemne á Don Valentin Gomez Farias, nuevo Presidente de la República, constante promovedor y representante de esos mismos principios, caracterizó la situa-

cion en estos términos, tan enérgicos como desconsoladores :

« Desde el puesto eminente á que acabais
« de ser elevado, podréis discernir mas fácilmente el origen de nuestras desgracias....!
« No hay *hacienda*, no hay *justicia*, no hay
« *administracion*, y la generosa raza del Sur
« se halla expuesta, en tan calamitosas circunstancias, á verse arrebatada por el torrente
« venido del Norte, si no logra revivir para
« defender y salvar su lengua, su nombre, sus
« hogares! La Patria está en peligro! triste es
« declararlo.....! »

Véase, en fin, cómo se expresaba en 1856 el *Monitor oficial* de Francia, no obstante su habitual circunspeccion, con motivo de los sucesos recientemente ocurridos en España :

..... « Esperamos que los últimos cambios pondrán término á los golpes de Estado
« y á los *pronunciamentos*, porque deseamos
« sinceramente que España, con los elementos
« de fuerza y prosperidad que posee, recobre,
« en el seno de la paz y del sosiego, el puesto
« que le corresponde, *en vez de descender al*
« *nivel de ciertas Repúblicas de la América del*
« *Sur, en donde no se halla ni patriotismo ni*

« virtudes cívicas, ni principios elevados, sino
« únicamente algunos generales que se dispu-
« tan el mando supremo con la ayuda de sol-
« dados seducidos con vanas promesas..... »

Réstanos, para concluir de una vez con este enojoso asunto, un testimonio no ménos autorizado y acaso todavía muy decisivo, el del Presidente de los Estados Unidos de América. En su Mensaje dirigido al Congreso á fines de 1858, se expresó Mr Buchanan en estos términos :

« Méjico ha vivido en un estado constante
« de revolucion, casi desde el momento mismo
« en que conquistó su independencía. Mul-
« titud de jefes militares, uno despues de
« otro, han usurpado el poder, sucediéndose
« rápidamente en el mando; apénas procla-
« madas, las diversas constituciones adoptadas
« en diferentes épocas han desaparecido como
« sombras. Los gobiernos sucesivos no han
« logrado prestar una proteccion eficaz ni á
« los ciudadanos Mejicanos ni á los residentes
« extranjeros, contra la violencia y la ilegali-
« dad. Hasta ahora, á la ocupacion de la
« capital por un jefe militar habia seguido la
« sumision, á lo ménos nominal, del país por

« un breve período; pero ya no sucede así en
« la presente crisis de los negocios mejicanos.

« La verdad es que aquel hermoso país,
« dotado de un terreno feraz y de un clima
« benéfico, se halla reducido, por efecto de
« las disensiones civiles, á un estado de anar-
« quía y de impotencia casi irremediable. »

Nada añadiremos nosotros por nuestra parte al cuadro harto elocuente y verídico de esas convulsiones, de esas ignominias y de esas desventuras.

Demasiado manifiesta es la evidencia de estos hechos, para que nuestro patriotismo tenga que imponerse la penosa tarea de recordarlos; nos contentaremos pues con notar, que el triunfo tan fácil y tan completo de la invasion Norte-Americana, al paso que justificó nuestros temores, hizo resaltar hasta lo sumo el contraste con lo pasado.

En efecto, aunque reducidos nosotros al estado de colonia y á tanta distancia de la metrópoli, habíamos llegado á ser tan fuertes con el sistema monárquico, que logramos triunfar de ella, y esto no obstante su inmenso poderío, contando, como contaba, con to-

dos los medios de accion sociales y políticos : ejército, administracion, identidad de raza, de idioma y de religion, semejanza de costumbres, de hábitos y de obediencia, y en fin la influencia ejercida por España hasta en la sociedad doméstica, cuyas familias, sobre todo las principales, tenian por jefe á un Español. En cambio, bajo la República, enervada la nacion por la inestabilidad y el desgobierno, se vió de improviso un dia á merced de un puñado de extranjeros, que sin tener con nosotros afinidad alguna de religion, de costumbres, de idioma y de tradiciones, penetraron sin dificultad hasta el mismo corazon del país.

Que si de allí á poco lo abandonaron, no fué ciertamente porque los obligáramos nosotros, sino consultando su propio interes y conveniencia.

Nada por otra parte mas significativo que las palabras de la Reina de España, acerca de los motivos que han dado origen al triple tratado firmado en Lóndres el 31 de Octubre último.

En su discurso á los Cuerpos colegisladores se expresó S. M. en estos términos :

« *Los desórdenes y excesos han llegado á su*

« *colmo en el desventurado pueblo mejicano.*
« *Rotos los tratados, menospreciados los derechos, condenados mis súbditos á graves atentados y á perpetuos peligros, era indispensable dar á la vez un ejemplo de saludable rigor y un testimonio de elevada generosidad..... Francia, Inglaterra y España se han puesto de acuerdo para alcanzar las reparaciones debidas á sus agravios, y las garantías necesarias de que no se repetirán en Méjico los intolerables atentados que han escandalizado al mundo y afrentado á la humanidad. »*

Despues de España, Inglaterra y Francia no dejarán de hablar á su tiempo : natural es que movidos de causas idénticas lo hagan en el mismo sentido.

Cuando, pues, tres naciones de las mas poderosas y civilizadas y de tanto peso y autoridad, ponen de manifiesto ante el mundo el verdadero estado de Méjico, fuera excusado exponerme á que se dude de mi imparcialidad, si hubiera yo de trazar el triste cuadro de los hechos que, desde 1840, han agravado y precipitado cada dia mas nuestra decadencia y aniquilamiento.

La Convencion del 31 de Octubre ya citada es, por lo demas, una consecuencia lógica de los hechos acaecidos; pues lleva mucho tiempo de ser opinion comun entre nosotros, la de que no se bastaba ya Méjico á sí mismo, y que sin auxilio extraño y pronto, nuestra ruina seria segura.

En varias cancillerías de Europa, así como en la de Washington, deben hallarse las peticiones de intervencion dirigidas en los últimos dos años por conciudadanos nuestros, y lo que es mas, aun por los mismos Gobiernos. Sino que unos invocaban el brazo de Europa, que no atentando á nuestra soberanía, ántes bien defendiéndola y afianzándola, nos levantara del abismo de miseria en que hemos caido, miéntras que el de los Estados Unidos nos hubiera, sin remedio, hundido mas y mas, acarreándonos la pérdida inevitable de nuestra nacionalidad é independencia.

Así fué que nos vimos condenados al dolor de oír exclamar: « *Antes Republicanos que Mexicanos.* » Y ese grito impío oyéndolo estamos todavía hoy mas que nunca, así como vemos y palpamos sus necesarias consecuencias.

Al mismo tiempo que las Potencias interven-

toras obtendrán en Méjico las garantías reales y efectivas que parecen resueltas á exigir en favor de sus súbditos allí establecidos, garantías sin las cuales seria en gran parte ilusorio el objeto principal de su empresa, ninguna duda cabe de que el resultado final habrá de ser, por la fuerza misma de las cosas, el establecimiento de la única forma de gobierno de que pueden prometerse en todas partes paz y estabilidad, señaladamente los pueblos de la raza latina.

Posible es que vengan á contrariar por un momento ese resultado, dificultades imprevistas, y ¿qué negocio no las tiene, por insignificante que sea? Mas cuando considero, y no sin admiracion, las extrañas é inesperadas coincidencias que han traído de improviso la cuestion de Méjico á la situacion decisiva en que hoy se halla, y que tan favorable se presenta para su pronto y feliz desenlace, descolando entre ellas la guerra civil que absorbe por completo la atencion de los Estados Unidos, y veo, por otra parte, las provocaciones imprudentes y gratuitas del partido dominante contra naciones poderosas, forzadas por ellos á obrar con todo empeño y energía, paréceme

estar viendo con mis ojos el dedo de la Providencia divina, que apiadada por fin de nuestro prolongado y cruel padecer, se digna encaminar los sucesos al término deseado de paz y de ventura.

IV.

Voz comun es ya, sin que nadie lo haya desmentido, que no contentas las tres Potencias con la reparacion de los agravios y perjuicios pasados, y fuertes con la aprobacion que ha merecido en toda Europa su actitud imponente y resuelta en los negocios de Méjico, parece que piensan exigir garantías reales y permanentes para lo porvenir.

Notorio es, asimismo, que por un sentimiento de desinterés y delicadeza altamente político, han convenido en términos mas ó ménos explícitos, en que si bien no les será dado obtener esas garantías sino por medio de un gobierno firme y estable, protestan dejarnos por entero, á nosotros los Mejicanos, el derecho de fundarlo, bajo el amparo de las

fuerzas aliadas, cuya mision, si llegan á penetrar en lo interior del país, ha de reducirse invariable y exclusivamente á proteger y asegurar el libre ejercicio de ese acto importantísimo de la soberanía nacional.

Próximos, pues, á convocarse, como es consiguiente, los comicios Mejicanos, no me es dado, por ausente, renunciar al derecho, ni faltar al deber, hoy mas imperioso que nunca, de concurrir con mi voto á lo que conviene que sea obra de todos, para que de todos sea acatado y respetado.

En circunstancias análogas, propuse mas de veinte años há la adopcion de la Monarquía con un Soberano de sangre real, pero sin designarlo.

Aceptada hoy, en principio, la Monarquía por propios y extraños, como único medio de salvacion para Méjico, preguntanse unos á otros con justa ansiedad, ¿quién será el Monarca encargado de representar ese principio? Porque es de notar, y con razon, que si el porvenir de una institucion política, sin exceptuar la República democrática, depende mucho de las cualidades del hombre llamado á plantearla, habiendo sido, por eso, grande la

estar viendo con mis ojos el dedo de la Providencia divina, que apiadada por fin de nuestro prolongado y cruel padecer, se digna encaminar los sucesos al término deseado de paz y de ventura.

IV.

Voz comun es ya, sin que nadie lo haya desmentido, que no contentas las tres Potencias con la reparacion de los agravios y perjuicios pasados, y fuertes con la aprobacion que ha merecido en toda Europa su actitud imponente y resuelta en los negocios de Méjico, parece que piensan exigir garantías reales y permanentes para lo porvenir.

Notorio es, asimismo, que por un sentimiento de desinterés y delicadeza altamente político, han convenido en términos mas ó ménos explícitos, en que si bien no les será dado obtener esas garantías sino por medio de un gobierno firme y estable, protestan dejarnos por entero, á nosotros los Mejicanos, el derecho de fundarlo, bajo el amparo de las

fuerzas aliadas, cuya mision, si llegan á penetrar en lo interior del país, ha de reducirse invariable y exclusivamente á proteger y asegurar el libre ejercicio de ese acto importantísimo de la soberanía nacional.

Próximos, pues, á convocarse, como es consiguiente, los comicios Mejicanos, no me es dado, por ausente, renunciar al derecho, ni faltar al deber, hoy mas imperioso que nunca, de concurrir con mi voto á lo que conviene que sea obra de todos, para que de todos sea acatado y respetado.

En circunstancias análogas, propuse mas de veinte años há la adopcion de la Monarquía con un Soberano de sangre real, pero sin designarlo.

Aceptada hoy, en principio, la Monarquía por propios y extraños, como único medio de salvacion para Méjico, pregúntanse unos á otros con justa ansiedad, ¿quién será el Monarca encargado de representar ese principio? Porque es de notar, y con razon, que si el porvenir de una institucion política, sin exceptuar la República democrática, depende mucho de las cualidades del hombre llamado á plantearla, habiendo sido, por eso, grande la

dicha de los Estados Unidos en poseer un ciudadano tan virtuoso como Washington, aun mas identificada está, por su naturaleza, la suerte de una Monarquía con el mérito personal del Príncipe que haya de establecerla.

Y como, por otra parte, la urgencia es grande y apremiantes, decisivas, únicas las circunstancias, no fuera prudente dejar por mas tiempo los ánimos en la arriesgada perplejidad en que hoy se hallan, y esto precisamente cuando mas necesario es promover y apoyar con la fuerza moral, el solo y último resultado que puede coronar dignamente las miras que, para nuestro propio bien, parecen proponerse las tres potencias aliadas. De lo contrario se haria mas difícil y tardío el éxito apetecido, y Méjico entretanto acabaria como nacion independiente y soberana.

Llegado parece, pues, el momento de plantar una bandera, que sirva de centro, de norte y guia á la opinion y al patriotismo de los buenos Mejicanos, y esa bandera, claro está que solo por mano mejicana les puede y debe ser presentada.

Y si el candidato que solo por nosotros debe ser propuesto, atendido nuestro propio de-

coro y el compromiso formal de estas tres potencias, es tal que no se le pueda poner, en ningun sentido, reparo justo alguno, ¡ cuánto no se habrá adelantado para uniformar la opinion, y asegurar el buen éxito de una empresa, que aunque tan vasta y grande, es sencilla en sí misma, pero que podria complicarse gravemente, si se deja el campo libre á la accion de otros intereses que no sean los verdaderos y legítimos intereses del país (1)!

No consultando hoy, lo mismo que en 1840, mas que á mi razon y mi amor patrio, y aleccionado por la experiencia, me atrevo, sin la menor vacilacion, á recomendar vivamente á mis conciudadanos, hasta ahora tan desgraciados y tan dignos de mejor suerte, que pongan confiados sus destinos en manos de uno de los príncipes de linaje mas excelso y esclarecido, y de dotes personales mas insignes y mas generalmente reconocidas y apreciadas.

En nombre de la patria que ya se muere, los conjuro, pues, á que den conmigo su voto á *S. A. I. y R. el Archiduque Fernando Maximiliano de Austria, para monarca de Méjico.*

(1) Esto se escribia, no se olvide, siete meses há (en Noviembre de 1861).

V.

No es esta declaracion sino el complemento lógico y natural del pensamiento que tuve la honra de proponer en 1840.

Levantado entónces por mí, tan alto como pude, y esto, conviene no ovidarlo, en la capital de la República, el pendon de la monarquía, no hago ahora mas que inscribir en él, el nombre del candidato que puede noble y dignamente representarla y dejar con razon satisfechas nuestras nobles aspiraciones y hasta el orgullo nacional.

Con ese Príncipe tan cumplido, cuya elevacion al trono imperial de Méjico seria aplaudida por la Europa entera, poseeríamos tambien una bella y jóven Princesa, modelo acabado de virtud, de instruccion, afabilidad y señorío, hija de un Monarca tan querido y venerado de sus súbditos, como respetado de los extraños por su prudencia y sabiduría.

¡ Dichosos los Mejicanos si, llamado y proclamado espontánea y libremente por nosotros aquel Príncipe, consiente en abandonar por tan ardua empresa, no exenta, por cierto, de penalidades y cuidados, la posicion eminente que ocupa en Europa, como hermano del Emperador Francisco José; y si, empleando en favor nuestro sus altas prendas personales y el prestigio que le han merecido, acepta generosamente la mision de gobernarnos y salvarnos!

¡ Y dichoso tambien ese ilustre Príncipe, si la Providencia le ha deparado la envidiable suerte de convertir en un Estado próspero y feliz al que ha sido, y es todavía hoy como nunca, el mas desventurado y abatido de los pueblos!

Es el mio, debo advertirlo, un voto personal, independiente, de un simple ciudadano, pero es tambien, á no dudar, la expresion fiel de las necesidades y aspiraciones de aquellos de mis compatriotas, que escarmentados y afligidos con las ignominias y desgracias pasadas, que á todos han alcanzado, tiemblan aterrados ante un porvenir mas desastroso todavía.

Es una conviccion de mas de veinte años, un deseo, no ignorado desde entónces, de esa



misma augusta dinastía, ni de otros gobiernos de Europa, un voto, un anhelar perseverante fundado en razones de un órden elevado, entre otras, la de que con ser la dinastía de Hapsburgo una de las mas poderosas del mundo, no puede por sus circunstancias particulares infundir celos, ni suscitar temores á las potencias marítimas y comerciales.

¿Y no era por ventura el Emperador Carlos V de Alemania quien gobernaba en su mayor auge la monarquía española, cuando le cupo la gloria inmortal de llevar la civilizacion cristiana á aquel inmenso y rico continente?

Haga el Cielo que se logren mis esperanzas con el establecimiento de un trono, que así como civilizó, un tiempo, á Méjico, haciendo de él uno de los países mas opulentos y afortunados del mundo, ahora sirva de fuerte escudo y de poderoso antemural contra las discordias civiles y la dominacion extranjera.

Nunca ha sido otra mi ambicion, ni otra mi esperanza.

Encaminados siempre mis pensamientos y mis esfuerzos, siquiera fuesen débiles é impotentes, á salvar la independenciam y integridad de la Nacion, si propuse en 1840, y de nuevo

propongo ahora en 1861, la Monarquía, libre, independiente y soberana, y representada por un Príncipe de linaje real, que desde el primer dia se declare, con toda espontaneidad, verdadero Mejicano, es porque la considero como el medio mas adecuado para conseguir y afianzar objeto tan esencial y preferente.

No se puede recordar sin rubor y afliccion que bajo la República hemos perdido la mitad del territorio que nos legó la Monarquía, así como hemos sacrificado por completo nuestro bienestar y buen nombre.

Regidos por un monarca ilustrado y justo, y con instituciones representativas, gozaremos sin duda de mas libertad que bajo los gobiernos, cuya autoridad nunca ha sido bastante fuerte para afianzarla y protegerla contra los excesos que á su sombra se han cometido.

Tales y tan poderosos son los motivos que han dictado este escrito dirigido á mis conciudadanos al cabo de tantos años de silencio, pero no de inaccion ciertamente, habiendo yo acudido presuroso á promover el primero de sus intereses, cada vez que el curso de los acontecimientos parecia brindarme con una coyuntura propicia.

Ya en 1847, uno de nuestros primeros hombres políticos, si no ya el primero de ellos (Don Lucas Alaman), me escribía de Méjico en estos términos :

« Perdidos somos sin remedio si la Europa
« no viene pronto en nuestro auxilio. V^d ha
« ido tocando á todas las puertas, pero hasta
« ahora en vano.....!! »

Así fué realmente, hasta que vino por fin á tocar á su vez, con su férrea mano, eso que se llama la *fuerza de las cosas*, y entónces se logró, al punto, lo que tanto y por tanto tiempo anhelábamos.

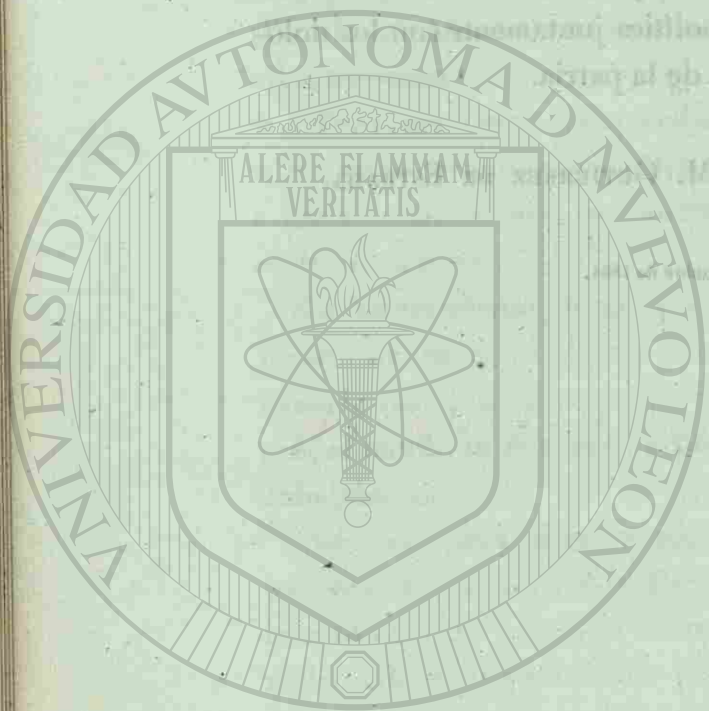
Dejemos, pues, á su cargo, esto es, encomendemos confiados á la Providencia divina la continuacion y el éxito de una empresa que se ha sabido proporcionar instrumentos tan dignos y adecuados como los soberanos que se acaban de declarar auxiliares y favorecedores de Méjico, tendiéndonos una mano protectora.

Segun todo parece anunciarlo, no pueden tardar en realizarse nuestros votos purísimos ; y por lo que á mí toca, dirijo desde ahora fervientes y rendidas gracias al cielo, si, como lo

espero, veo llegar, á traves de mil vicisitudes, ese dia feliz, en el que habrá terminado mi azarosa carrera política juntamente con los dolores y peligros de la patria.

J.-M. GUTIERREZ DE ESTRADA.

Paris, Noviembre de 1861.



NOTICIA BIOGRÁFICA

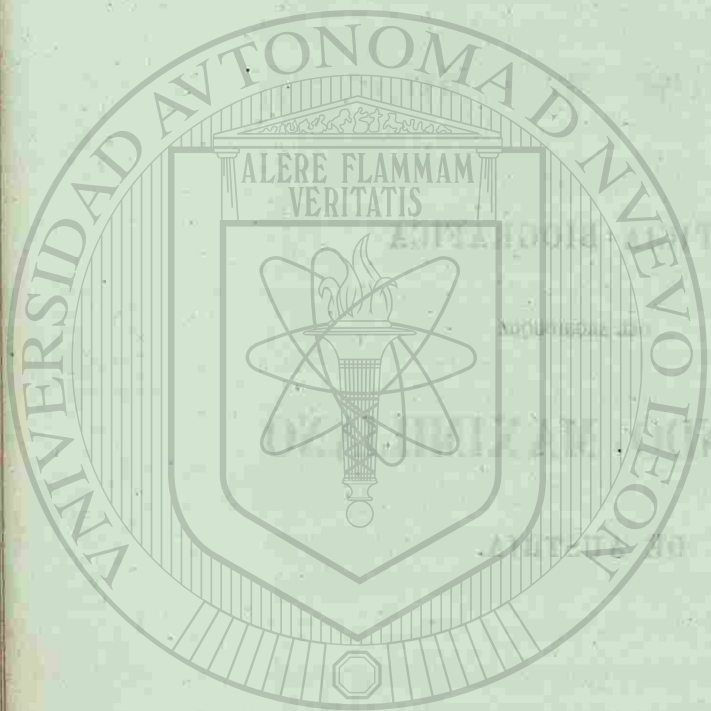
DEL ARCHIDUQUE

FERNANDO MAXIMILIANO

DE AUSTRIA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOTICIA BIOGRÁFICA

DEL ARCHIDUQUE

FERNANDO MAXIMILIANO

DE AUSTRIA.

Hijo segundo de S. A. I. el Archiduque Francisco Carlos y de S. A. I. la Archiduquesa Sofía, hermano de S. M. el Emperador reinante Francisco José, el Príncipe Fernando Maximiliano nació en el palacio de Schönbrunn el 6 de Julio de 1832.

Destinósele á la carrera de la marina, como se habia hecho ya con otro individuo de la familia imperial, muerto en la flor de la edad, y fué menester, por lo tanto, que á sus estudios generales añadiera una educacion apropiada.

Llamado á promover los adelantos de una institucion casi nueva en el imperio de Austria, pasó su juventud, ora aplicándose con esmero al estudio de los clásicos, ora adquiriendo nociones especiales de la carrera á que con mas

particularidad debia dedicarse. Para formarse como marino y aun como hombre, hizo el joven Archiduque frecuentes viajes por Europa y por países lejanos, y de este modo, no satisfecho con la enseñanza de los libros, aprendió á conocer el mundo prácticamente. Sus tempranas peregrinaciones aumentaron el caudal de sus conocimientos, dieron solidez á su juicio y enriquecieron su imaginacion y su memoria.

Apénas contaba diez y ocho años, cuando por primera vez recorria la Grecia con el vivo interes que debia inspirarle aquel país, cuna de la civilizacion del viejo mundo. Visitó despues la Italia, la España, el Portugal, la isla de Madera, Tánger y la Argelia. En esta tierra africana, donde Roma dejó impresas sus huellas, el islamismo difundió sus tradiciones, y Francia ha realizado sus recientes conquistas, se presentó al joven Archiduque un vasto campo para útiles y fecundas observaciones, y no la dejó sin haber subido á la cumbre del monte Atlas y atravesado el país hasta Medeah.

En 1854 exploraba el litoral de la Albania y la Dalmacia en la corbeta *Minerva* de que era comandante, cuando su nombramiento para

J. A. Servici

el mando superior de la marina le obligó á trasladarse momentáneamente á Viena.

Salió de Trieste en el verano de 1855, á bordo del navio almirante *Schwarzenberg*, al cual seguia una escuadra de diez y siete velas; dirigióse á Candía y visitó á Beiruth y el monte Líbano, recorriendo las costas de la Palestina. Muchos ilustres peregrinos le habian precedido en Jerusalem, adonde le llevaron su acendrada piedad y el atractivo de los grandes recuerdos siempre vivos en aquel suelo sagrado, donde dejó abundantes muestras de su munificencia. Todo lo examinó minuciosamente, recogió de todos los Santos Lugares tesoros inestimables para un corazon verdaderamente cristiano; los trajo consigo y los conserva con la veneracion de una fe viva y ardiente. En Egipto visitó el Cairo, las Pirámides y Memfis. Dotado de un entendimiento elevado y práctico al mismo tiempo, hizo el viaje á Suez, á fin de apreciar por sí mismo y con exactitud las grandes obras de canalizacion comenzadas ya. En seguida, atravesando de nuevo el desierto, volvió á Sicilia.

El año 1856 lo empleó el infatigable Archiduque en sus excursiones por la Alemania se-

tentrional, por Bélgica y Holanda, después de haber visitado la Francia, y recibido durante quince días la hospitalidad del Emperador en Saint-Cloud, donde se formaron entre ambos Príncipes las mutuas relaciones de estimación y afecto que hasta hoy felizmente subsisten. En 1857 recorrió el Rin, la Lombardía y la Italia central; pasó luego á Inglaterra, y de allí por segunda vez á Bélgica, donde le esperaba el complemento de su felicidad, el enlace con una Princesa tan ilustre como digna de su propio mérito y grandeza.

En efecto, el 2 de Julio del mismo año, el Conde Arquinto, embajador imperial, había pedido para el Archiduque, en audiencia solemne, á Leopoldo I^o, Rey de los Belgas, la mano de la Princesa María Carlota Amalia, hija suya y de la Princesa Luisa de Orleans, tan distinguida por su rara virtud, como la Reina María Amalia, su excelsa madre. Joya de la corona belga, la Princesa real Carlota iba á ser también la perla de la corona imperial de Austria.

Nacida el 7 de Junio de 1848, hallábase en todo el brillo de la juventud, tenía diez y siete años. Si en lo físico le había prodigado la Pro-

videncia las gracias más exquisitas, en lo moral la había adornado de aquella hermosura inestimable que solo puede dar la virtud. Una sencillez unida á una majestad natural; una instrucción acabada, vasta y sólida, junta con todas las dotes de una alma elevada; una caridad inagotable, tales eran las prendas que todos admiraban ya en la joven esposa. Un mérito tan sobresaliente no pudo ocultarse á la penetración de los Italianos: así es que al hacer el Archiduque su entrada solemne en Milan (el 16 de Setiembre 1857), saludaron llenos del más vivo entusiasmo á la Princesa, que el cielo les había deparado.

Poco tiempo después partió con el Archiduque para Sicilia, el mediodía de la España, las islas Canarias y Madera. La Princesa fijó en esta última ciudad su residencia durante el invierno, mientras que el joven Príncipe, anteponiendo á todo su deber, se embarcaba para el Brasil, tocaba en los puntos de escala más importantes, y cuando hubo llegado al Nuevo Mundo, hizo en sus espesos bosques excursiones tan interesantes como arriesgadas.

Cuántas luces y experiencia es dado adquirir con el estudio comparativo de usos y costumbres

diferentes, de países distintos, de instituciones y leyes diversas, todo lo aprovechó el Archiduque en sus viajes y fecundas exploraciones, aplicando su inteligencia superior al examen filosófico de todo lo que se le presentaba. Así completó su educación de marino y de Príncipe, ántes de volver á sentarse en las gradas del trono; y así adquirió nociones claras y profundas sobre el curso de los acontecimientos humanos y la marcha de los gobiernos y de las sociedades modernas. El mando superior de la marina, léjos de ser para este Príncipe un mero cargo honorífico, fué mas bien un medio eficaz para acometer arduas empresas y plantear reformas provechosas,

Separar la marina del mando superior del ejército; ponerla bajo la protección de un ministerio independiente; establecer el respectivo número de empleados, disminuir los gravámenes ya existentes; formar la artillería, la infantería, la dotación de capellanes y el cuerpo médico de la marina; edificar un establecimiento hidrográfico y un museo especial; aprovechar la experiencia ya adquirida para someter á los oficiales de la armada á un nuevo sistema de educación, con el cual adquiriesen conocimien-

tos mas sólidos y mas seguras garantías; introducir un sistema de abastos mejor entendido; incorporar á la marina las tripulaciones de la flotilla y el antiguo arsenal de Porto-Re; adoptar el uso de la lengua alemana en la correspondencia y el mando: tales fueron las medidas fecundas debidas á la iniciativa del Príncipe y que dieron en poco tiempo al imperio una marina que, cuando ménos en sus bases, nada tiene que envidiar á las mas adelantadas de Europa.

Al mismo Príncipe debió tambien la ciudad de Pola, enteramente decaída, su renacimiento. Se erigieron en ella varios edificios, se plantaron semilleros, se construyó un gran dique, un acueducto, un arsenal y tres astilleros, un navío de línea, el *Kaiser*; cuatro fragatas y corbetas de hélice, siete de coraza, un gran número de cañoneras y una batería flotante de coraza, proporcionaron al Austria medio de transporte, presentando su marina con una existencia efectiva. En este momento (Noviembre de 1861) se están construyendo, de orden del Archiduque, cinco fragatas de coraza.

Por disposición de S. A. I., emprendió la *Novara* un viaje de circumnavegación; la corbeta *Carolina* fué á visitar el litoral de la América

del Sur, y explorar en seguida las costas del Africa occidental, con el objeto de establecer relaciones internacionales y mercantiles. Finalmente la fragata *Radetzky* se dirigió á los puertos de España, Francia, Inglaterra, los Países-Bajos, y la Alemania del Norte, con el fin de hacer estudios especiales y observaciones científicas de importancia.

Apreciando dignamente el Emperador los distinguidos servicios del Archiduque, y su alta capacidad, le confirió el gobierno político y militar del reyno Lombardo-Véneto, conservando al mismo tiempo el mando superior de la marina.

El Archiduque desempeñó por espacio de dos años este cargo grande y delicado con tanto celo como feliz éxito. El vástago imperial de los Hapsburgos consiguió, á pesar de las funestas agitaciones políticas de un tiempo borrascoso, captarse el afecto y las simpatías de los Italianos.

La historia registrará en sus páginas este gran triunfo del mérito y de la virtud, mientras que los mismos enemigos del Austria hacen justicia al espíritu ilustrado y eminentemente conciliador del Archiduque, tribután-

dole los homenajes mas sinceros de gratitud y admiracion.

En efecto, á pesar de las vivas aspiraciones de emancipacion y unidad que agitaban al pueblo lombardo-véneto, no pudo resistir á la evidencia de los beneficios que con mano generosa le prodigaba el Archiduque. Y con sobrada razon, pues cada dia de su gobierno se señalaba con alguna empresa útil, una reforma saludable, la supresion de algun gravámen, ó la abolicion de un privilegio. Habíase nombrado una comision de catastro para la reparticion equitativa de las contribuciones; preparado la exoneracion de los feudos y diezmos, y suprimido el privilegio fiscal establecido en tiempo del primer Napoleon; un nuevo reglamento habia mejorado notablemente la condicion de los médicos concejales, al paso que algunas obras bien concebidas y ejecutadas en el puerto de Venecia, habian facilitado la entrada de buques de mayor calado.

Ya se habia comenzado el ensanche del puerto de Como por medio de un nuevo dique, y la misma ciudad debia ya á los desvelos del Archiduque un gran servicio, el mayor indudablemente con que puede un Príncipe favo-



recer á una poblacion. Tal fué el haber hecho desaparecer la *malaria* que infestaba la extremidad del lago : mandó secar, al intento, el pantano llamado *Piano di Spagna*, y con el desagüe del *Valle grande Veronese* se obtuvo un terreno extenso y feraz. Se habia encargado igualmente al ingeniero Bucchia la formacion de un proyecto para el completo desagüe de los pantanos en las lagunas vénetas, y el riego artificial de las llanuras del Friuli, conduciendo á ellas el rio Ledra, y todo con la posible economía.

Durante este mismo período, se hermoseó Venecia con la prolongacion de la Ribera hasta el jardín imperial, y en Milan se dió mas extension á los paseos públicos.

Ante la energía constante y generosa del Príncipe hubo de ceder la municipalidad, que largo tiempo se habia resistido á hacer una plaza pública entre el teatro *della Scala* y el palacio Marino, y se restauró la basílica de San Ambrosio.

Pero si es bueno que circulen en una ciudad el aire, la luz y la vida, y ostentar ante los extranjeros suntuosos monumentos, grandes fundaciones y bellas iglesias; aun hay para el jefe

de un reino otras obligaciones y deberes mas imperiosos. El jóven Archiduque no los desatendió, haciendo en el sistema de beneficencia pública reformas útiles y necesarias. Las poblaciones indigentes de la Valtelina fueron objeto de una asistencia material mas liberal y constante : se hicieron ademas estudios profundos para proporcionar los medios mas seguros de combatir la miseria de aquellos pueblos empobrecidos por los estragos del *oidium* en los viñedos.

Innumerables son, por desgracia, las causas de los males que sufre la humanidad. Apenas se consigue acabar con una, cuando surge otra y otra. El Pó salió de madre, causando formidables inundaciones, y el Príncipe, siempre activo y denodado, acudió á los puntos de mayor peligro, salvó á los habitantes y los socorrió en sus necesidades mas imperiosas, implorando en su favor los auxilios del gobierno imperial.

La vida intelectual de las naciones, es decir, las artes, las ciencias, y la instrucion pública que la constituyen, tuvieron siempre en el Archiduque un ardiente y generoso promovedor.

El Conde Giulini, con la publicacion de sus Memorias, habia empezado á levantar un verdadero monumento de la historia nacional, y el ilustre Príncipe miró como punto de honra para Italia, su continuacion, favoreciéndola cuanto pudo. Se dió igualmente á una comision el encargo de publicar los *Monumentos históricos y artísticos* de las provincias Lombardo-Vénetas (1).

No bastan las nobles aspiraciones y los instintos caballerescos á los príncipes llamados por su nacimiento y por la confianza pública al ejercicio de la autoridad; necesitan además una razon serena y firme. Esta la posee

(1) Al Archiduque Fernando Maximiliano se deben la iglesia votiva de Viena y el palacio de Miramar.

La primera fué erigida á consecuencia y en conmemoracion del odioso atentado cometido contra Su Majestad Imperial Apostólica. Por medio de una excitacion al patriotismo austriaco, consiguió el jóven Príncipe los fondos al efecto necesarios. S. A. I., que habia concebido la idea y promovido su realizacion, dirigió la empresa ocupándose en todos los pormenores que á ella se referian.

El palacio de Miramar, construido por él, se halla situado sobre una roca escarpada á la orilla misma del golfo de Trieste, no léjos del ferrocarril de Laybach. Es notable por su bella arquitectura, y por la coleccion que encierra de cuadros y otros objetos de gran valor y gusto, recogidos por el Príncipe en sus largos viajes.

en alto grado el Archiduque Fernando Maximiliano, como bien lo acreditó, durante su gobierno en Italia. En un despacho dirigido á lord Loftus, representante de la Reina de Inglaterra en la corte de Viena, escribia el Ministro de Negocios extranjeros, lord Malmesbury, el 12 de Enero de 1859, poco ántes de estallar la guerra contra el Austria, lo siguiente: « El gobierno de S. M. reconoce, con verdadera satisfaccion, el espíritu liberal y conciliador que ha presidido al gobierno del reino Lombardo-Véneto, miéntras estuvo encomendado al Archiduque Fernando Maximiliano. »

Se ve, pues, que el Archiduque se distingue por la inapreciable ventaja de haber acreditado su aptitud, aun á los ojos de la Inglaterra, para el gobierno de un pueblo, en circunstancias las mas difíciles.

No será por demas añadir que el Archiduque Fernando Maximiliano tiene un personal que previene en su favor, de un modo irresistible.

Una frente espaciosa y pura, indicio de una inteligencia superior; ojos azules y vivos en que brillan la penetracion, la bondad y la dulzura: la expresion de su semblante es tal, que nunca se puede olvidar. El alma se refleja en

su rostro; y lo que en él se lee es lealtad, nobleza, energía; una exquisita distincion y una singular benevolencia.

Dotado de una disposicion natural para las artes, las ciencias y las letras, las cultiva con ardor y lucimiento.

Su actividad y laboriosidad son prodigiosas: en todas estaciones el dia empieza para él á las 5 de la madrugada. El estudio es, puede decirse, su idea fija. Habla seis lenguas con gran facilidad y correccion.

Hermano de un Emperador ilustre, gran almirante del imperio, colocado muy cerca del trono, objeto del respetuoso amor y admiracion de todas las clases de la sociedad, conocido y estimado en toda Europa, está rodeado de cuanto puede lisonjear la ambicion mas elevada.

En medio de tan graves negocios, de tanto esplendor y tanta gloria, ha escrito sus *Impresiones de viaje* (1), varias obras científicas (2),

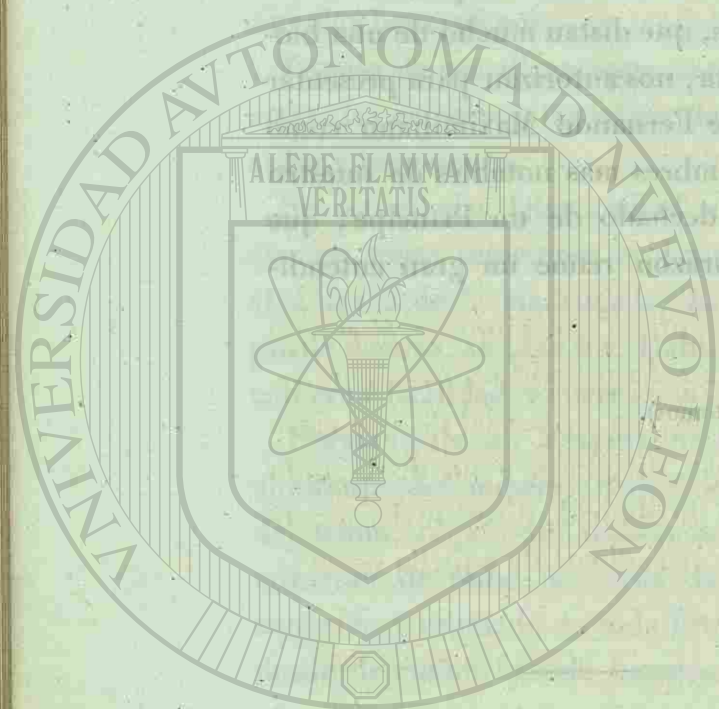
(1) Bosquejos de viaje: I. La Italia; II. La Sicilia, Lisboa y Madera; III. La España; IV. Albania y Argelia. (Viena, imprenta del Estado.)

(2) Viajes al Brasil, Aforismos, Objetos de Marina, La Marina de Austria.

y algunas (1) no publicadas aun, en que ha pagado tambien su tributo á la poesía.

Estos rasgos, que distan mucho de una biografía completa, nos autorizan para presentar al Archiduque Fernando Maximiliano como uno de los hombres mas notables de nuestro tiempo, y el dechado de un Príncipe, que á un gran corazon reúne un gran entendimiento.

(1) Poesías (2 tomos).



Atendida su íntima conexión con el escrito que antecede, nos ha parecido conveniente reproducir aquí lo mas sustancial de una carta que, hace poco, dirigimos á un distinguido amigo nuestro de Madrid, director de uno de los principales periódicos de aquella corte.

« Paris, 22 de Marzo de 1862.

« Señor D. Pedro de la Hoz,

« Mi muy estimado amigo : Hace tiempo que no tengo el gusto de escribir á V.^d, y esto no ciertamente por falta de deseo ni de materia. El importante movimiento emprendido por Francia, Inglaterra y España para la regeneración de mi patria, hasta ahora tan desgraciada, y sobre la cual Dios parecia al fin dirigir

una mirada compasiva, me hacia desear vivamente reanudar el hilo de nuestras comunicaciones; pero la posicion en que yo veia que se habia colocado LA ESPERANZA, me lo impidió bien á pesar mio. He visto despues con el mayor gusto que aquella fué una cosa pasajera, y que LA ESPERANZA ha entrado en otro camino, por lo cual felicito á V^a, me felicito á mí mismo, y felicito á mi país. ¡Ojalá pudiera felicitarla igualmente por la conducta de algunos mandatarios ó agentes del gobierno español en la cuestion del dia!

« Esta conducta es para mí verdaderamente incomprendible. No dudo que ese gobierno cree de buena fe servir con ella los intereses de España; pero si en cuanto á la rectitud de su intencion en el particular no sea lícito discutir, no sucede lo mismo relativamente al acierto de las medidas que para ello adopta.

« Despues de firmado el tratado de Lóndres, habia yo creido que, conforme á su espíritu y aun á su letra, cada una de las tres potencias signatarias se abstendria de presentar un candidato para el trono de Méjico, que le ofreciera ventajas *particulares*, que todas y cada una habian estipulado solemnemente renunciar. Por

parte de España, esto era especialmente de desear, aun bajo el único punto de vista de sus propios intereses.

«
Así por este motivo, sobre el cual llamo muy especialmente la atencion de V^a, como por la situacion geográfica del país próximo inmediatamente á los Estados Unidos, convenia que la trasformacion se hubiese hecho allí bajo condiciones tales, que su permanencia quedara plenamente asegurada. Dos condiciones eran para esto absolutamente indispensables: la completa aquiescencia y cooperacion en el interior, con lo cual su justificacion y legitimidad hubieran quedado plenamente establecidas; y el apoyo exterior de una fuerza que los Estados Unidos jamas hubiesen osado atacar.

« Ninguna de estas dos cosas es posible con el candidato español. Por causas que yo no aplaudo, pero que conoce perfectamente cualquiera que sepa la historia de Méjico, es un hecho evidente que si allí los Españoles son aceptados de preferencia respecto á los demas extranjeros *como iguales*, serian los últimos en ser aceptados *como dominadores*. El senti-

miento de independencia está muy arraigado en el país; pero, entre el pueblo especialmente, el significado verdadero de la palabra « independencia, » es *independencia de España*. Y mientras que nadie creeria allí destruida esta independencia estableciéndose una monarquía con un soberano de otra nacion cualquiera, todos la reputarian como perdida desde el momento en que fuese español ese monarca. Yo no justifico el hecho ni disminuyo su evidente irracionalidad; hago solamente constar su existencia.

« Por lo mismo, esa completa aquiescencia y cooperacion del país que se debe procurar ante todo como justificacion y legitimidad del cambio, y que tan importante ha de ser en lo porvenir para quitar todo pretexto á las resistencias y revueltas interiores, y á la intervencion hostil de los Estados Unidos, se hace absolutamente imposible con un candidato español para el trono.

« Por razones que están al alcance de todos, ni la Francia ni la Inglaterra pueden estar conformes con el príncipe que la España propone; pero, aun dejando á un lado estas razones, ¿cómo ha de convenir á ninguna potencia

marítima el que la misma nacion, á la cual se considera en un período ascendente de ambicion y de fuerza, que tiene ya en la isla de Cuba la llave del seno mejicano, domine igualmente en la mayor parte de su costa? De manera que ni la Francia ni la Inglaterra han de aceptar el candidato español: sobre esto no caben ilusiones. ¿De dónde, pues, ha de venir el apoyo exterior, primero para el establecimiento, y despues para la conservacion del trono mejicano, si no viene de estas dos potencias?

« Supongamos por un momento que, á pesar de todo esto, España emprende *sola* la obra, y que despachando allí una fuerza suficiente, y empleando los demas medios en tales casos conocidos, logra sentar su candidato sobre aquel trono. En este caso, suponiendo la completa tolerancia de la Francia y la Inglaterra (tolerancia nada probable, ahora que ya tienen allá sus fuerzas), es claro que seria un delirio suponer que podria contarse tambien con su apoyo para las contingencias futuras. España quedaria enteramente sola, y sola tendria que sostener su obra. Lo que entónces sucederia es bien evidente. Terminada la guerra civil de los Estados Unidos, esta nacion, que tendrá entónces

un poder colosal, desarrollado y disciplinado en su gigantesca lucha, con sus intereses en el seno mejicano, con su antipatía tradicional á España, y no infundiéndole esta el respeto que le infunden la Inglaterra y la Francia, fomentará en Méjico el descontento y la revolucion, y, cuando esta ocurra, la apoyará con todo su poder. ¿Podrá España, aislada y sola, luchar contra ella con buen éxito? Creo que la sana crítica aconseja anteponer siempre la realidad de las cosas á todo, aun al amor propio. Conozco bien lo que valen los Españoles, y que ninguna nacion podria sobreponerse á ellos en igualdad de circunstancias; pero esta igualdad ¿existiria entónces? Aun prescindiendo de la gran diferencia entre España y los Estados Unidos bajo el punto de vista de poblacion y recursos, para calcular el resultado de una lucha entre ambas en Méjico, basta tener presente su respectiva situacion geográfica relativamente al teatro de la lucha. Ya hemos visto la facilidad con que los Estados Unidos arman y equipan un ejército de 100 ó 200,000 hombres. Pues bien; si estando, como están, contiguos á Méjico atravesasen la frontera con semejante enjambre de soldados, ¿qué podria

oponerles la España colocada á 2,000 leguas de distancia, con una marina de fuerza inferior, y peleando hasta cierto punto en país enemigo? A mis ojos, el resultado no podria ser dudoso. Los Españoles harian prodigios de valor; pero al cabo no podrian resistir á la fuerza de las circunstancias. A su caída en Méjico, se seguiria por las mismas razones su pérdida de Cuba, que entónces es claro no podria serles garantida por las dos potencias desairadas.

« Hé aquí, pues, el resultado que indefectiblemente traeria el colocar en el trono de Méjico al Príncipe que la España propone. Para ella, una guerra desastrosa y la pérdida de Cuba: para Méjico, el malograrse para siempre sus esperanzas, y la conquista por los Estados Unidos.

« Supongamos ahora, por la inversa, que prevalecen en España mejores consejos, y que, renunciando ella al proyecto de su candidato, se une cordialmente á la Inglaterra y la Francia para colocar sobre el trono de Méjico al Archiduque Fernando Maximiliano. Todo cambia entónces de aspecto. La aquiescencia y cooperacion del país son inmediatamente posibles y aun fáciles, desde el momento en que se quie-

ran estimular. La nueva monarquía presentará, pues, un carácter de legitimidad, bajo el punto de vista moderno, que le dará la mayor robustez en las cuestiones que puedan suscitarse, así con los Estados Unidos como con los descontentos interiores que ellos pretendan fomentar. Además, el apoyo colectivo de la misma España, la Francia y la Inglaterra, la pondrían á cubierto de toda tentativa decididamente hostil, mientras que ella iba consolidando y desarrollando sus fuerzas propias.

« Así constituida, la nueva monarquía sería una barrera absolutamente insuperable para los Estados Unidos.

« Todo esto es tan claro como la luz del sol. Por lo mismo, para empeñarse en realizar á todo trance un pensamiento imposible, sería preciso que en España se presentasen bajo un falso aspecto la situación y la naturaleza de las cosas; sería preciso que se desconociesen los medios de acción y los diversos intereses que están en juego, que se olvidase lo estipulado en una convención solemne y reciente, y hasta que se sacrificasen los verdaderos intereses y el porvenir de la misma España, así como los

de Méjico. ¡Cuánto daño se ha hecho ya por haberse entrado desde el principio en esa equivocada vía! El primer efecto ha sido el de disminuir la popularidad de los Españoles entre los mismos conservadores de Méjico.

« Es preciso no olvidar que esta cuestión es eminentemente mejicana, cualesquiera que sean los intereses que las demás naciones tengan en ella; y los conservadores mejicanos, dentro y fuera del país, se creen ante todos con el derecho de designar su candidato, derecho natural y evidente, y que ha sido consagrado en la convención de Londres. Pues bien; el candidato de los conservadores es el Archiduque Fernando Maximiliano de Austria: ellos son los que le han designado y los que lo piden. Sobre el particular, sabe V.^a que debo estar muy al tanto de lo que hay; y aun cuando nada se ha vociferado en el público, crea V.^a que los hombres de acción del partido están sobre este punto de acuerdo. Por lo mismo, la candidatura propuesta en España, los contraría; no es suya. Y si no es suya, ¿de quién será? En Méjico, además del conservador, no hay en realidad más partido que el demagógico. Si pues esta candidatura no es la del partido conser-



vador, ¿podremos decir, sin caer en el absurdo, que es la del partido demagógico? Yo no sé si en España se han formado ilusiones sobre este particular; pero en todo caso será bueno se tenga presente que este partido ha sido siempre, y es ahora, el enemigo mortal de los Españoles. Él era el que los degollaba sin piedad durante la guerra de la independencia: él fué quien los expulsó bárbaramente del país después de la guerra: él quien los ha perseguido y vejado siempre que ha tenido oportunidad: él quien los ha asesinado en San Vicente y Chiconcuaque, en Puebla y Méjico, y en otros puntos de la República: él quien ha destruido las convenciones y tratados con España, y llenado de insultos á su embajador. Su santo y seña, su grito de reunion y de guerra, es siempre el de *¡mueran los gachupines!* y la persecucion de los Españoles, y de cuanto les pertenece, y de todos los que simpatizan con ellos, es el primer artículo de su *credo* político; y una gran parte de las persecuciones que cuando se ha hallado en el poder ha hecho sufrir á los conservadores, ha sido á causa de las simpatías que estos han tenido siempre por los Españoles; y esto, léjos de disimularse,

se ha proclamado en alta voz, confundiéndose á menudo á Españoles y conservadores con el dictado mismo de *gachupines* y *agachupinados*. El odio de ese partido contra España y los Españoles, es implacable y como instintivo; y lo que peor es, este odio forma para él, no solo un principio político, sino hasta un título de gloria. Seria un absurdo quererse atraer á ese partido; y los pasos que para ello se han dado recientemente en Veracruz y en Méjico, no han producido otro fruto que el de aumentar su arrogancia á la vez que han enajenado á los Españoles las simpatías de un gran número de conservadores. Esto me consta del modo mas completo. Vea V^a, pues, el resultado que con semejante empeño se va á producir: á la vez que los Españoles no lograrán disminuir en un ápice el odio que les profesan los demagogos, perderán el decidido afecto que les tenian los conservadores, que tanto han sufrido de sus enemigos, precisamente por causa de este mismo afecto.

« Lo que está pasando hácia Veracruz, lo habrá V^a visto ya en las noticias que se han publicado; mas seria preciso que V^a supiese el estado en que se hallan las fuerzas que

acaudilla Doblado, para que pudiese V^a hacerse perfectamente cargo del inefable ridículo, y aun deshonor que refluye sobre las armas españolas, al humillarse de tal modo ante un enemigo semejante. Además, suponiendo la autenticidad de estas noticias, es evidente que Doblado ha obtenido una ventaja inmensa en las negociaciones. Según ellas, las tropas aliadas han recibido como un favor el permiso de ocupar Orizaba, Córdoba y Tehuacan, puntos salubres y donde todo abunda, pero de los que tendrán que retirarse, volviendo á los puntos que anteriormente ocupaban, es decir, á la region mortífera de la costa, siempre que aquellas negociaciones no den un resultado satisfactorio. La consecuencia es evidente. Doblado no tiene mas que hacer sino ir prolongando la discusion hasta que la fiebre amarilla, las viruelas y demas enfermedades mortales se desarrollen en aquella region, y cuando haya llegado este caso, terminar con cualquier incidente la negociacion, y apoyado en la solemnidad del convenio, despachar otra vez los soldados europeos á que perezcan á manos de un enemigo del cual no se pueden defender. Aun cuando el go-

bierno de España llegue á comprender bien la situacion, y á querer obrar con acierto conforme ella exige, el enmendar lo ya hecho en Veracruz, le costará sacrificios de mucha consideracion que se hubieran fácilmente podido evitar.

« La oposicion que en Madrid se está haciendo á la candidatura del Archiduque Fernando Maximiliano de Austria, la comprenderia yo si este príncipe fuese personalmente enemigo de España, ó perteneciese á una potencia que pudiera ser émula ó rival suya en el hemisferio occidental. Pero es evidente que el Austria no se halla ni puede hallarse en este caso; y en cuanto al príncipe mismo, no solo no tiene contra España prevencion ninguna, sino que, al contrario, siente por ella fuertes simpatías. Entre todos los príncipes europeos, él es quizás quien puede mejor considerarse como la encarnacion mas perfecta de los principios á que está indisolublemente ligada la gloria y prosperidad de España, en uno como en otro hemisferio. Si se sentase en el trono de Méjico, sostenido eficazmente su imperio por las tres potencias, y robustecido con una abundante colonizacion alemana y española

hasta donde á España le conviniese, pues siempre sobrar  terr no que poblar, y bien organizado y activamente impulsado todo por ese don particular de gobierno y energía de carácter, de que el Príncipe ha dado tan abundantes pruebas en su gobierno del reino Lombardo-Veneto, sería en breve tiempo el aliado mas firme y poderoso con que la España podría contar allende los mares.

« Estas prendas personales del Archiduque le hacen   los ojos de los conservadores mejicanos tanto mas precioso, cuanto que en tan alto grado las necesitan para sacar el país del espantoso c aos en que se halla. Es preciso para esto un talento claro, unos conocimientos vastos, un carácter afable y conciliador, una energía y valor   toda prueba, no solo para el duro y sostenido trabajo de la regeneracion y organizacion pacífica, sino tambien en los campos de batalla, si necesario fuese; y al mismo tiempo experiencia de gobierno. En una palabra, se necesita un hombre que en todo descuelle; que sea el primero en la paz y el primero en la guerra; y que no solo sepa gobernar *y haya dado pruebas de ello*, y sepa tambien combatir, sino que sepa igual-

mente ganarse los corazones de sus súbditos por su bondad, y hasta por su presencia personal. Pues bien, todo esto se reune en el Archiduque; y de esto, mi buen amigo, yo le salgo   V^d garante;   lo cual se agrega un alma profundamente católica, y una gran exactitud de ideas y rectitud de intencion; con la particularidad que de todo esto existen pruebas seguras en los hechos de su vida pública y privada.

« Y aquí viene al caso corregir un error en que se ha caido en España. Cr ese ahí que la candidatura del Archiduque es una combinacion profunda concebida por Napoleon para ganar al Austria, y allanar el camino para su cesion de Venecia   la Italia. Permítame V^d le diga solemnemente que no hay nada de esto. La candidatura del Archiduque es pura y exclusivamente mejicana: fué concebida por Mejicanos; y si la Francia la acepta, y la Inglaterra igualmente, es solo en vista de su evidente acierto, y porque con ella se resuelve una cuestion difícil,   saber: la de hallar un candidato que,   lo ilustre de su linaje y grandes prendas personales, reuniese las preciosas circunstancias de ser del gusto

y aun de la eleccion de los Mejicanos, sin que pudiese ponérsele reparo justo alguno por parte de ninguna de las tres potencias signatarias de la Convencion de Lóndres. Y por lo que hace al Austria, es claro que al aceptar la propuesta y dar su Archiduque, presta un gran servicio en lugar de recibirlo, como que sin ser una nacion marítima, ni tener en América intereses que proteger y fomentar, facilita el único medio posible de zanjar perfectamente la mayor de las dificultades que podia tal vez surgir, cual era la de hallar un candidato que fuese aceptable para todas aquellas potencias, y que les permitiese concluir la obra que han emprendido, y de la que no pueden con honor retirarse, dejándola incompleta.

« Convencidos como están de todo esto los conservadores mejicanos, así como de que esta es la *última* oportunidad que les queda para salvar á su patria, comprenderá V.^d con cuánto sentimiento verán que la consecucion para ella de un soberano semejante y con circunstancias tales, se pone en gravísimo riesgo por la oposicion que se manifiesta en España: oposicion que, si algun fruto produce, será

el de hacer á Méjico un gravísimo daño, un daño irreparable y mortal, sin que á España le venga de ello bien ninguno, sino, al contrario, impidiéndola á ella misma conseguir los grandes bienes que indefectiblemente le deberian resultar del establecimiento en Méjico de una monarquía con el Archiduque en el trono.

« Me guardaré mucho de establecer una comparacion entre este príncipe y el candidato que en España se propone.

« Si este antagonismo entre los deseos de España y las necesidades de la situacion se prolonga mucho, es claro que en la misma proporcion se demorará tambien la solucion del asunto. Y miéntras este permanezca en *statu quo*, los sucesos de los Estados Unidos siguen precipitadamente su marcha, y se acercan á su desenlace. Una vez lo hayan alcanzado, habrá terminado *para siempre* la oportunidad favorable que la Providencia nos habia deparado para la redencion de la desventurada Méjico. V.^d comprende muy bien, mi buen amigo, que si la falta de unidad en las miras produce hoy vacilacion en los esfuer-

zos, cuando mañana venga á complicarse todavía mas la empresa con la oposicion decidida de los Estados Unidos, es muy de temer que aquellos esfuerzos cesen por completo.

« Ahí lo tiene V.^d pues, todo corriendo el mas inminente riesgo de perderse para siempre: la causa de la monarquía, la causa del catolicismo, la causa de la raza española en el Nuevo-Mundo, y, para España en particular, el magnífico porvenir que por aquel continente se le presenta ahora, y aun la totalidad de los grandes intereses que tiene allí actualmente. Porque no hay que alucinarse: Méjico se halla irremisiblemente en la alternativa de ser (y esto muy pronto), ó una monarquía protegida por la Europa, ó parte integrante de los Estados Unidos. Si no sucede lo primero, lo segundo es inevitable. Entónces, cuando el pabellon de las *Estrellas*, habiendo recorrido todo el círculo del Seno, venga á fijarse y tremole permanentemente en Cabo Catoche; cuando la isla de Cuba se halle entre las penínsulas de la Florida y Yucatan, como aprisionada en una inmensa tenaza; cuando el poder colosal de los Estados Unidos haya

adquirido tan asombroso desarrollo, no solo en su extension territorial y en su elemento militar, sino tambien, y muy especialmente, en su marina, y se haya consolidado aun mas con la disminucion que actualmente se está verificando del elemento antagonístico de la esclavitud, ¿ no se hallará España, relativamente á ellos, en la posicion desventajosa que ántes he señalado?

« Ya V.^d lo ve, amigo mio: España puede ahora, como otro Sanson, derribar las columnas del templo que con tanto trabajo y paciencia se habia ido levantando, y que la Providencia parecia al fin dispuesta á coronar; pero cual otro Sanson tambien será ella herida por los escombros, y perecerán entre ellos sus proyectos, sus esperanzas, sus intereses y su porvenir.

« V.^d, mi estimado amigo, que tanto se ha interesado por la causa santa que va corriendo ahora tanto peligro, ¿ no le prestará su auxilio en esta hora suprema, en que va á decidirse irrevocablemente de su suerte? ¿ Será posible que mientras los enemigos de esta causa despliegan una actividad asombrosa para hierla de muerte, los que somos sus

amigos, ó, mejor dicho, los que nos hallamos identificados con ella, permanezcamos frios espectadores de su ruina?

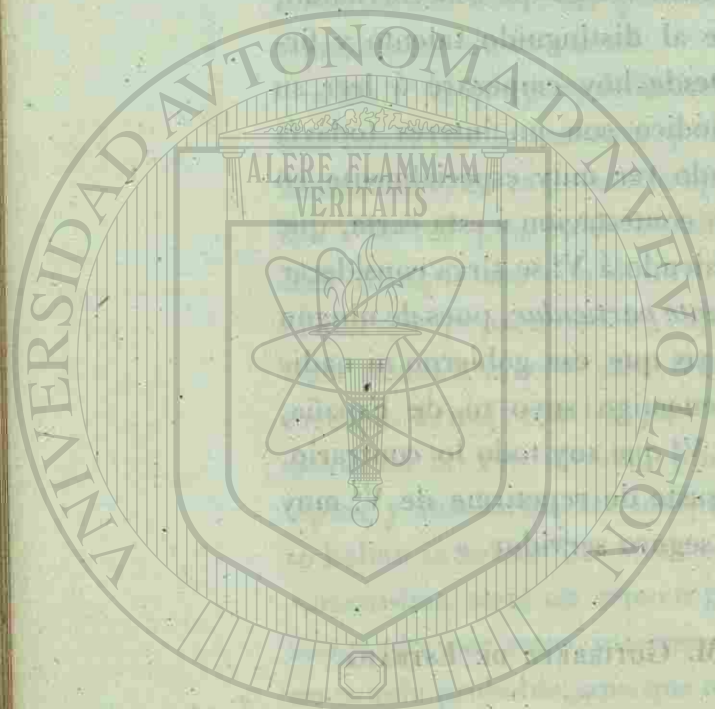
« Ya V^d ve que para defender vigorosamente esta causa con la maestría y denuedo que V^d acostumbra, no es necesario apelar á los grandes y santos principios en ella comprometidos. Aunque sea con dolor, debemos convenir en que la predicacion, bajo este punto de vista solamente, seria poco fructuosa. Mas por fortuna, ó, mejor dicho, por una sábia disposicion de la Providencia, junto á estos principios, y absolutamente inseparables de ellos, se hallan intereses inmensos cuya destruccion ruinosísima seria un crimen permitir: como, abogando por estos intereses, la predicacion no es solo probable, sino que es casi cierto que será fructuosa.

« Conociendo, como conozco, las ideas y sentimientos de V^d, seria manifestar mucho olvido si insistiera en invocar su interesante apoyo, multiplicando consideraciones que podrian extenderse indefinidamente, pero que harian sumamente pesada esta carta, ya demasiado larga. Seguro estoy de que este apoyo no nos ha de faltar, y que será tan enérgico é

infatigable como demandan la grandeza de la causa y el inminente riesgo que está corriendo, y como cumple al distinguido talento y firmeza de V^d. Desde hoy empezaré á leer su apreciable periódico con un interes todavía mayor, contando ver muy especialmente en sus artículos la contestacion á esta carta, que suplico y recomiendo á V^d se sirva considerar *como estrictamente particular*, pues de ningun modo quisiera yo que ese gobierno ni nadie me supusiese enemigo suyo ni de España, pues bien sabe V^d que soy todo lo contrario.

« Tengo el gusto de repetirme de V^d muy afecto amigo y seguro servidor. »

J. M. GUTIERREZ DE ESTRADA.



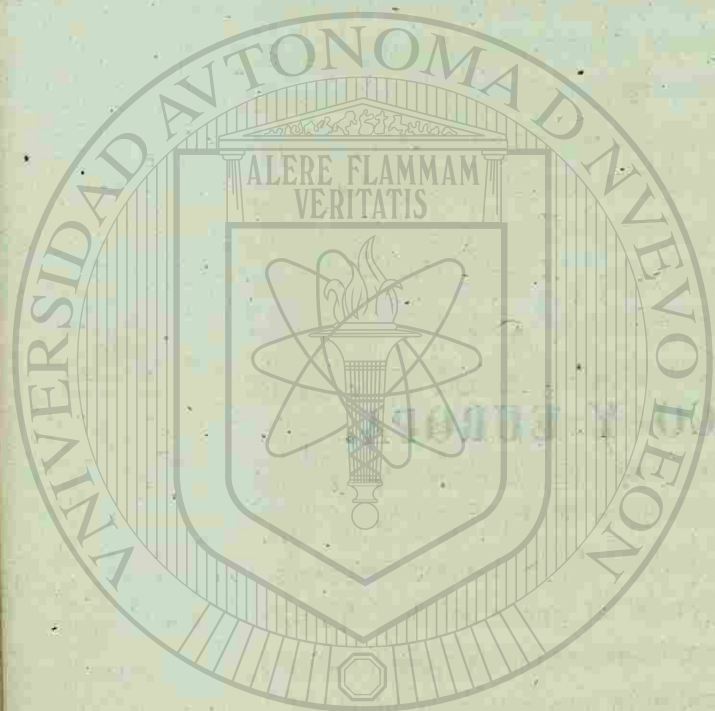
MÉJICO Y EUROPA.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— 28 —
impresiones, con que habiendo llegado a la
quinta, como era deseable, me retiré
pues, la hora ya se había pasado y
debíamos ir a casa, y así quedé
por un tiempo en la espera de un
interés.

Paris, 30 Mayo 1862.

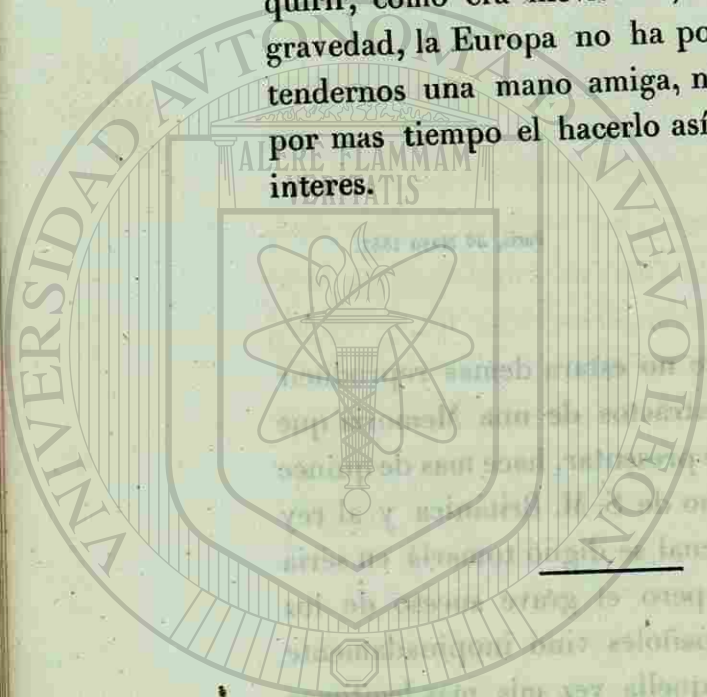
Paréceme que no estara demas reproducir aquí algunos extractos de una Memoria que tuve la honra de presentar, hace mas de quince años, al gobierno de S. M. Británica y al rey Luis Felipe, el cual se dignó tomarla en seria consideracion; pero el grave suceso de los matrimonios españoles vino inopinadamente á frustrar por aquella vez mis mas legítimas esperanzas.

Entónces, como ahora, se trataba de un Archiduque de Austria.

La lectura de esta Memoria servirá, ante todo, para probar, despues del artículo ya citado del *Diario de los Debates*, de 12 de Setiembre de 1842, que la importante cuestion que se agita en este momento no es de fecha reciente, ó, lo que es lo mismo, no es una cosa



improvisada; solo que habiendo llegado á adquirir, como era inevitable, una extremada gravedad, la Europa no ha podido negarse á tendernos una mano amiga, ni aun demorar por mas tiempo el hacerlo así, en su propio interes.



MÉJICO Y EUROPA.

(Imprenta Appert; Paris, 1847.)

El 5 de Diciembre de 1844, estalló un pronunciamiento en la capital. Su triunfo fué completo.

Inútil seria insistir sobre hechos generalmente conocidos. El general Santa Ana fué derribado. . . . , y se formó una nueva administracion bajo la presidencia del general Herrera.

Desde su origen, aquella administracion demostró una debilidad que debia necesariamente arrastrarla á su pérdida. Llamada á consolidar el sistema de centralizacion que, desde 1836, habia sucedido al federalismo, se arredró en vista del ardor con que los federalistas atacaban sus actos, y hasta tal punto contempORIZÓ con los hombres influyentes de aquel partido, que no tardó en encontrarse arrollada y en la incapacidad de resistir á sus pretensiones.

Miéntas que de esta suerte cedia, sin probar

siquiera á resistir, el antiguo partido monárquico, que se habia visto forzado á refundirse en el partido centralista, despues de la caída de Itúrbide y que, á decir verdad, se habia resignado de muy buena fe al sistema republicano, con la esperanza sin duda de que el país podria organizarse de una manera estable bajo el imperio de aquel sistema, creyó deber salir por fin de su prolongado letargo. Los individuos dispersos de aquel partido se reunieron, y, una vez puestos de acuerdo entre sí, juzgaron que era llegado el momento en que sus votos podrian definitivamente realizarse. Era preciso darse prisa para ganar por la mano á los federalistas: estalló una nueva revolucion, y el general Parédes, unido al partido monárquico, fué su instrumento activo, logrando ponerse á la cabeza del gobierno que reemplazó al del general Herrera. El manifiesto que publicó el nuevo jefe de la República no dejó duda ninguna acerca de sus intenciones: aunque dejando á una asamblea constituyente la facultad de determinar la forma de gobierno que debia regir el país en lo sucesivo, aquel manifiesto indicaba claramente que solo la forma monárquica podia libertarle de la anarquía, y

asegurarle, con la paz que le es tan necesaria, la prosperidad cuyos elementos posee en tan alto grado.

Méjico tenia desde aquel momento un deber que cumplir, como miembro de la gran familia de las naciones; pero no podia cumplirle sin la cooperacion de los gobiernos extranjeros, y de aquí nacia para la Europa un deber tambien, y ademas la necesidad de acudir en auxilio de Méjico.

Declarado ya resueltamente el partido monárquico, fundó un periódico, publicó sus deseos y sus miras, haciendo en poco tiempo grandes progresos. Compuesto de los hombres mas respetables por su posicion social, de la generalidad del clero y de los ciudadanos instruidos por la experiencia de lo pasado, aquel partido queria unirse á la Europa con un vinculo que le ofreciese garantías para lo futuro, lisonjeándose con la esperanza de obtener fácilmente por soberano un vástago de alguna de las grandes casas reinantes, esperanza que un interes recíproco parecia justificar. Consolidar las instituciones sociales en Méjico, era consolidar las relaciones mercantiles entre el antiguo y el nuevo mundo; era dar garantías á los

cuantiosos capitales comprometidos en las minas de aquel país; era, en una palabra, poner un término á las revoluciones tan fatales en las transacciones lejanas; era, por último, cerrar la puerta á los abusos que ocasionaban tan frecuentes debates entre las potencias extranjeras y los efímeros gobiernos cuyo yugo soportaba periódicamente la República mejicana.

Pero el partido monárquico no podia hacer por sí solo aquella trasformacion; necesitaba el concurso de Europa, y todo parecia preparado para el triunfo de una benévola y amistosa intervencion. La crisis que acababa de encumbrar á Parédes habia sido mucho tiempo vivamente deseada por todos los amigos de los principios reparadores, tanto en política como en religion. Todos estaban convencidos de que el ejemplo de Méjico ejerceria una inmensa influencia, y que, al cabo de veinticinco años de anarquía, el establecimiento de una monarquía independiente en la antigua patria de los Aztecas seria seguido de

El sentimiento monárquico, largo tiempo comprimido en su corazon, habia estallado por fin. No pudiendo resignarse á la triste per-

suasion de que la sociedad que debia servir de modelo á la América estuviese predestinada á perecer miserablemente, cuando acababa apenas de nacer, aquellos amigos de la humanidad volvian sus miradas suplicantes hácia el Oriente, pidiéndole auxilio y diciéndole: « Apresuraos; la hora es propicia; vuestro « propio interes os convida á aprovecharla, « interes político, interes mercantil, interes de « principios, de moralidad, interes de huma- « nidad; venid, y lo encontraréis todo prepa- « rado para el triunfo de esa noble empresa. »

El Mejicano que anhelaba el bien de su país dirigia con fervor este llamamiento á la Europa.

Comprendia por fin que el tiempo urgia; duro le era sin duda confesar que no podia libertarse, sin el apoyo de la Europa, del principio disolvente que devoraba la existencia de su patria; pero la verdad hablaba mas alto que la vanidad, y era forzoso hacer esa confesion. Méjico se hallaba reducido, por su debilidad, á reflejar la forma de gobierno de la potencia que aspiraba á absorberle, si los soberanos europeos no le prestaban su apoyo, y pedia que le salvarsen de un vecino cuyo espíritu invasor no reconoce límites, que parece resuelto á eri-

girse en dominador de la América, y que ya ha lanzado decretos de exclusion contra las naciones de Europa.

Este peligro por una parte y por otra los graves intereses de la Inglaterra, la Francia, la España y la Alemania, en la conservacion de un mercado que, á mas de activar extraordinariamente el movimiento mercantil é industrial de aquellos diversos países, contribuye todos los años con veinte ó veinticinco millones de pesos fuertes al fomento de las fábricas europeas, deberían despertar la atencion de los hombres de Estado. Porque si Méjico dejase de ser lo que es hoy, un Estado independiente, si no obtuviera un gobierno estable y definitivamente á cubierto de las revoluciones; si, en una palabra, las minas suspendiesen sus trabajos, á consecuencia de los excesos de la anarquía, ó si esas minas cayesen en manos de los Estados Unidos, la Europa no recibiría ya sus productos, y la privacion anual de una suma tan cuantiosa causaría una gran perturbacion en las relaciones industriales del continente europeo.

No en vano, pues, los hombres adictos al sistema monárquico abrigan la persuasion de

que los gobiernos de Europa están interesados en que se realicen sus votos, y reclaman su auxilio.

Inglaterra, España, Francia, Alemania, todas están llamadas á acudir en auxilio de Méjico. Para la mayor parte de estas potencias, la cuestion de la esclavitud se mezcla á las cuestiones políticas y mercantiles; ahora bien, la esclavitud, abolida en Méjico, renacería allí con los Americanos, como ha renacido en Téjas con los colonos de los Estados Unidos.

¿Qué se necesita, pues, para regenerar á Méjico y convertir á este Estado en un miembro útil de la gran familia de las naciones?

Se necesitan ante todo un cordial acuerdo entre las potencias mas interesadas en esta grave cuestion, una voluntad firme y medidas de ejecucion fáciles de organizar.

El acuerdo de las potencias no presenta al parecer ninguna dificultad, pero hasta ahora todas han vacilado en tomar la iniciativa, por temor de no encontrar disposiciones favorables y de dar un paso en falso. Pero todos los que, por su posicion, se han ocupado en las cuestiones mejicanas, han reconocido fácilmente que habia en los gobiernos de Eu-

ropa, cuyos súbditos tienen intereses en Méjico, una tendencia á favorecer toda combinacion conducente á preparar en este desventurado país un estado de cosas que ofrezca garantías á esos mismos intereses. No es pues lícito dudar que si las potencias mas interesadas en esta cuestion, la Inglaterra y la Francia, hiciesen la proposicion de una conferencia en Lóndres para fijar la política comun de todas las demas relativamente á Méjico, esa proposicion seria acogida sin el menor obstáculo, porque aquí no se trata de una usurpacion ni de una conquista en provecho de una potencia europea; tampoco se trata, para Méjico, de traficar con su independenciam, como lo hizo la provincia de Téjas; trátase por el contrario de consolidar esa independenciam y de darle garantías de duracion por medio de instituciones sábias y estables, fundando un orden de cosas permanente. Ahora bien, este orden de cosas depende de la forma de gobierno que conviene dar á Méjico, y esa forma de gobierno no puede ser sino la monarquía.

Esto es lo que fácilmente demostrará el autor de este escrito á la conferencia, tan luego como se halle reunida.

Una vez admitida esta necesidad, la conferencia tendria que fijar su eleccion sobre el príncipe que habria de ser llamado á establecer su dinastía en Méjico. Sobre esto no es aun llegado el momento de hacer ninguna indicacion; diversas consideraciones de distintos órdenes pueden alegarse por tal ó cual candidato; diversas circunstancias pueden influir tambien sobre la eleccion que convenga hacer.

Otro punto que ocupará tambien sin duda á la conferencia será la ejecucion de sus determinaciones. Esto parecia grave hace algunos meses, á pesar de que hombres que conocen el país hubiesen señalado mas de una vez las facilidades que se encontrarían en los medios de ejecucion; pero hoy, y en presencia de los fáciles triunfos que está obteniendo el reducido ejército del general Taylor, es cosa demostrada que si el establecimiento de un gobierno estable en Méjico exige absolutamente el apoyo de la Europa, no se necesitan grandes esfuerzos para realizar ese apoyo, atendido sobre todo que obtendrian el asentimiento y la ayuda de la mayoría de la nacion. Esta no tardaria en reconocer que en vez de ser hostiles á Méjico y de amenazar su in-

dependencia ó la integridad de su territorio, las potencias europeas no se llevarian otro fin que el de proporcionar á este país los medios reales de afianzar su nacionalidad y asegurar su prosperidad, ayudándole á establecer en su seno la forma de gobierno que parece convenirle mas, despues del triste ensayo hecho durante veinticinco años de la forma republicana, modificada de todas las maneras; punto sobre el cual pueden suministrarse noticias muy categóricas, que no dejarian subsistir la menor duda en el ánimo de los gobiernos.

Acabamos de hablar de los triunfos del pequeño ejército americano que ha invadido el norte de Méjico. Ya se ha apoderado de Monterey, capital de Nuevo Leon; no tardará en llegar á Saltillo y entónces tendrá un pié en los distritos de las minas, dominará el camino de *Catorce* y de San Luis Potosí, y Tampico caerá en manos de los Estados Unidos tan luego como la escuadra americana haga una demostracion en las costas de Tamaulipas ¡Ay de la Europa el dia en que los Americanos ocupen el riñon de los distritos mineros! De repente se verá privada de los veinticinco millones de pesos fuertes que Méjico envía to-

dos los años á sus mercados. Calcúlense las terribles consecuencias de esta privacion!

¡Abra pues Europa los ojos! Comprenda todo lo que va á perder abandonando á Méjico á la anarquía que le devora y á la disolucion que camina en pos de ella, y cuán odioso seria consentir en el restablecimiento de la esclavitud por los Americanos!

¡Calcule y vea la perturbacion profunda que ocasionaria en su industria la conquista de las minas por los Americanos! Estos aplicarian sus productos á las vastas empresas interiores en que están empeñados, distraerian esos productos del destino que han tenido hasta ahora, que era alimentar los capitales europeos, reducir el interes del dinero y contribuir por consiguiente á la prosperidad de las fábricas.....

¡Qué lástima que algunas chispas de ese entusiasmo que se manifiesta en favor de la Polonia no se empleen en consolidar la existencia de Méjico, en afianzar una nacionalidad llena de vida! Este seria el momento de adelantarse á la aplicacion de aquel adagio ya harto funesto: « Es un hecho consumado. »

Si la cuestion de Polonia es una cuestion

dependencia ó la integridad de su territorio, las potencias europeas no se llevarian otro fin que el de proporcionar á este país los medios reales de afianzar su nacionalidad y asegurar su prosperidad, ayudándole á establecer en su seno la forma de gobierno que parece convenirle mas, despues del triste ensayo hecho durante veinticinco años de la forma republicana, modificada de todas las maneras; punto sobre el cual pueden suministrarse noticias muy categóricas, que no dejarian subsistir la menor duda en el ánimo de los gobiernos.

Acabamos de hablar de los triunfos del pequeño ejército americano que ha invadido el norte de Méjico. Ya se ha apoderado de Monterey, capital de Nuevo Leon; no tardará en llegar á Saltillo y entónces tendrá un pié en los distritos de las minas, dominará el camino de *Catorce* y de San Luis Potosí, y Tampico caerá en manos de los Estados Unidos tan luego como la escuadra americana haga una demostracion en las costas de Tamaulipas ¡Ay de la Europa el dia en que los Americanos ocupen el riñon de los distritos mineros! De repente se verá privada de los veinticinco millones de pesos fuertes que Méjico envía to-

dos los años á sus mercados. Calcúlense las terribles consecuencias de esta privacion!

¡Abra pues Europa los ojos! Comprenda todo lo que va á perder abandonando á Méjico á la anarquía que le devora y á la disolucion que camina en pos de ella, y cuán odioso seria consentir en el restablecimiento de la esclavitud por los Americanos!

¡Calcule y vea la perturbacion profunda que ocasionaria en su industria la conquista de las minas por los Americanos! Estos aplicarian sus productos á las vastas empresas interiores en que están empeñados, distraerian esos productos del destino que han tenido hasta ahora, que era alimentar los capitales europeos, reducir el interes del dinero y contribuir por consiguiente á la prosperidad de las fábricas.....

¡Qué lástima que algunas chispas de ese entusiasmo que se manifiesta en favor de la Polonia no se empleen en consolidar la existencia de Méjico, en afianzar una nacionalidad llena de vida! Este seria el momento de adelantarse á la aplicacion de aquel adagio ya harto funesto: « Es un hecho consumado. »

Si la cuestion de Polonia es una cuestion

política, hay igualmente una cuestion política en Méjico; hay allí ademas una cuestion de intereses material *actual*, interes que llegará á ser mas importante en un porvenir cercano. Hay en América un coloso cuyas invasiones es preciso atajar con tiempo; así como hay una *cuestion de Oriente*, debe haber una *cuestion de Occidenté*, y hoy todo se da la mano, merced al vapor!!...

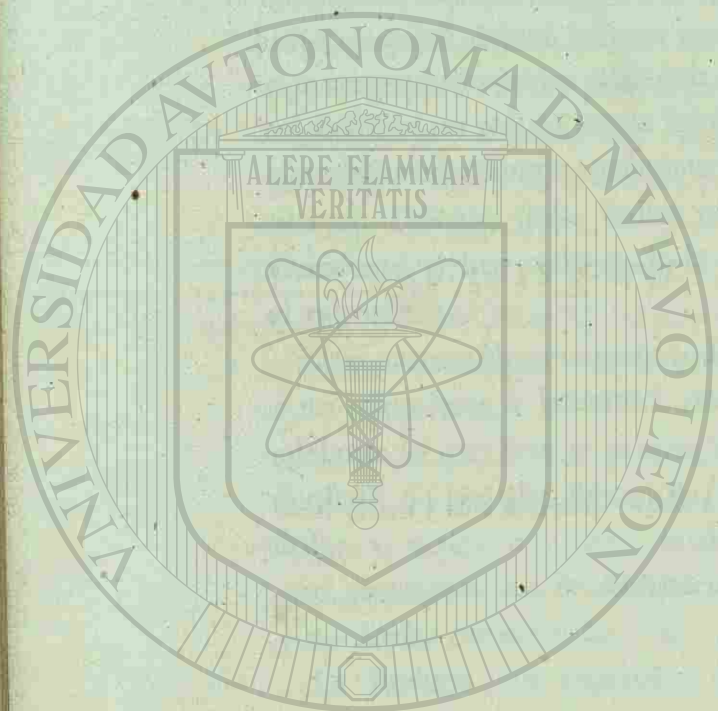
Seria preciso obrar cuando todavía es tiempo, y no exponerse á lamentar estérilmente mas adelante lo que hoy se podria impedir sin dificultad, no sea que algun dia, penetrados de dolor y arrepentimiento tardíos, tengamos que reconocer en la desaparicion de Méjico « un *hecho consumado!!!* »

La Europa, lo repetimos para concluir, tiene un interes poderoso en salvar á Méjico y en proporcionarle un órden social estable, lo cual quiere decir, en otros términos, que por su propio interes, la Europa debe ayudar á Méjico á establecer la forma de gobierno que ha de producir aquel feliz resultado.

J. M. GUTIERREZ DE ESTRADA.

Paris, 1846.





LE MEXIQUE

ET L'ARCHIDUC

FERDINAND MAXIMILIEN

D'AUTRICHE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Paris. — Imprimerie de Ad. R. Lainé et J. Havard, rue des Saints-Pères, 19.

LE MEXIQUE

ET L'ARCHIDUC

FERDINAND MAXIMILIEN

D'AUTRICHE,

PAR

M. J.-M. GUTIERREZ DE ESTRADA,

Ancien ministre des affaires étrangères du Mexique.

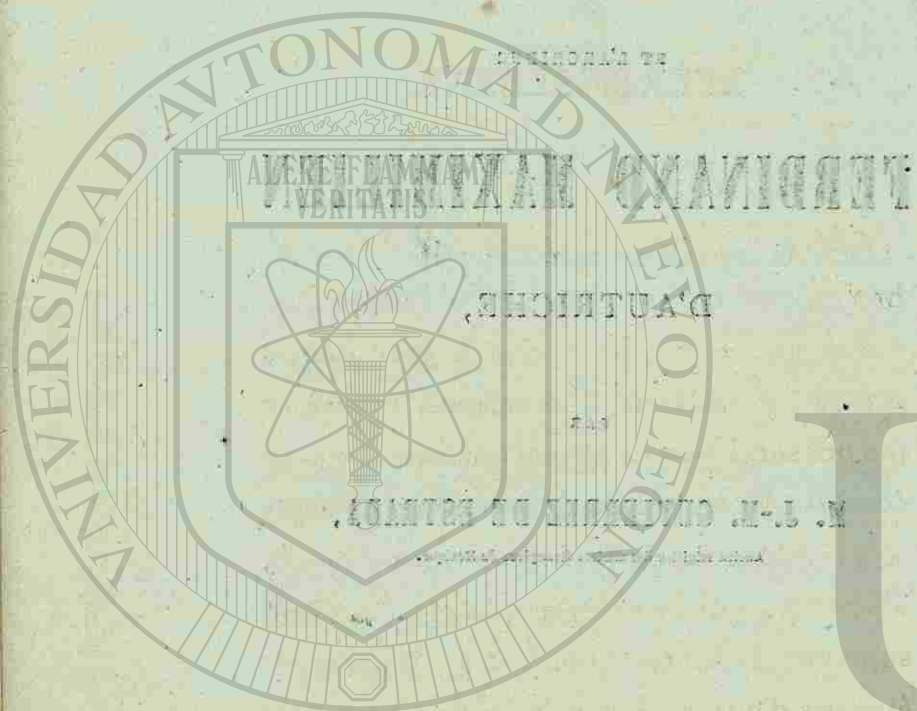
PARIS,

LIBRAIRIE DE GARNIER FRÈRES,

RUE DES SAINTS-PÈRES, 6.

1862.

LE MEXIQUE



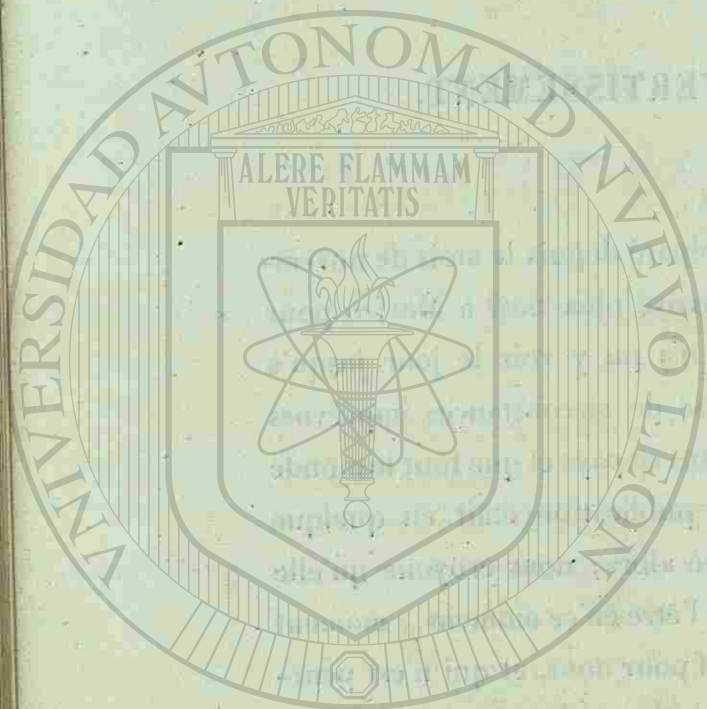
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AVERTISSEMENT.

Cet écrit, préparé depuis le mois de novembre 1861 et envoyé plus tard à Mexico pour y être publié, n'a pu y voir le jour jusqu'à présent, à cause de circonstances imprévues qui ont surgi dans ce pays et que tout le monde connaît. Si sa publication était en quelque sorte opportune alors, nous croyons qu'elle n'a pas cessé de l'être en ce moment... moment suprême, décisif pour nous, et qui n'est peut-être pas d'une médiocre importance pour les nations européennes, intéressées qu'elles sont à voir arriver le dénouement prompt et satisfaisant de la question mexicaine qui les occupe tant aujourd'hui.

Paris, 30 mai 1862.



Lorsqu'après une absence de plusieurs années, je rentrai en 1840 au Mexique, je trouvai le pays en proie à une de ces crises violentes qu'il a traversées sans interruption depuis qu'il s'est constitué en République.

On y discutait alors l'opportunité de faire changer, par une convention nationale spécialement convoquée, la forme de gouvernement existante.

Je crus donc user de mon droit de citoyen et en remplir les devoirs, en manifestant avec loyauté mon opinion sur cette question fondamentale.

Mon premier soin fut de tracer, sans en rien retrancher, l'affligeant tableau que présentait le Mexique, et de rappeler que, malgré les mo-

difications apportées à différentes époques au Pacte national de 1824, nos maux, au lieu de diminuer, s'étaient accrus avec une désastreuse rapidité.

L'esprit plein d'alarmes et le cœur navré, je refusai les fonctions de ministre et résignai celles de sénateur, pour demeurer plus libre dans l'expression de mes craintes et de mes sentiments; et, sans prendre souci des dangers personnels que cette déclaration pouvait m'attirer, je présentai, au nom de la raison, de l'histoire et d'une manière toute pacifique, la Monarchie comme notre unique ancre de salut.

Je demandai à mon pays si la forme monarchique, sous laquelle il avait vécu, grandi et prospéré durant trois siècles, ne serait pas mieux appropriée que la forme républicaine à son origine, à ses traditions, à ses mœurs, à ses intérêts et à ses besoins.

Mais, comme si cette simple question eût été le plus grand des crimes, je vis aussitôt se soulever contre moi les passions des partis qui se croyaient mis en péril par ma proposition.

Qu'il me soit permis de reproduire quelques extraits de mon opuscule imprimé à Mexico en 1840, puisque les événements qui s'accom-

plissent à cette heure même au Mexique, par l'action combinée des grandes puissances maritimes de l'Europe, semblent donner raison à mes prévisions et à mes vœux.

En 1840, j'écrivais :
« Quels progrès avons-nous réalisés ? où en
« sont l'instruction publique, la législation
« civile, criminelle et commerciale ? N'est-ce
« pas un plus monstrueux chaos que celui qui
« nous fut légué par nos anciens dominateurs ?
« Quelles sont, et l'organisation de l'adminis-
« tration, et la moralité des employés, et la
« richesse individuelle, cette base exacte de
« la richesse publique ? Quelles routes, quels
« canaux, avons-nous ouverts ? Quels édifices,
« parmi ceux que nous laissèrent les Espagnols,
« avons-nous réparés et conservés ? Enfants
« d'un heureux pays, qu'avons-nous fait pour
« sa gloire et pour son bonheur ?

« Peut-on se flatter que, dominant les cau-
« ses qui ont amené parmi nous de tels effets,
« nous parvenions à améliorer notre désas-
« treuse position ?

« Et si cette situation empire tous les jours,
« comme cela doit arriver tant qu'on n'aura
« pas eu recours à un moyen radical de salut,

« pourrons-nous résister à ce torrent venu du
« nord qui a déjà envahi notre territoire, et
« qui l'inondera des flots des principes démo-
« cratiques, principes qui font la force des
« États-Unis, mais qui causent visiblement no-
« tre impuissance? Si nous ne cherchons dans
« une voie plus sûre un soulagement à nos
« maux, c'en est fait pour toujours du bon-
« heur, de l'indépendance et de la nationalité
« du Mexique. Vingt années, peut-être, ne s'é-
« couleront point sans que nous voyions flotter
« sur notre Palais national le drapeau étoilé
« des États-Unis (1)! »

Or les hommes qui traitaient l'auteur de ces lignes de *rétrograde*, d'*utopiste* et de *traître*, virent, sept ans plus tard, en 1847, s'accomplir cette prédiction par l'entrée victorieuse d'une poignée d'étrangers, nos constants ennemis, dans la capitale de la République. Le général américain, par une singulière coïncidence, alla, dans sa proclamation, jusqu'à employer nos expressions elles-mêmes :

(1) Lettre à S. E. le Président de la République, par M. Gutierrez de Estrada. *Mexico*, 1840.

« Quartier général de l'armée des États-Unis, à Mexico,
« le 14 septembre 1847.

« Protégées par la Providence, nos armes,
« après de glorieux combats, ont fait flotter
« le drapeau de notre patrie dans la capitale
« du Mexique et sur le Palais de son gouver-
« nement.

« Quand on saura combien était numérique-
« ment faible la petite armée qui vient d'ac-
« complir de si brillants faits d'armes, le monde
« sera rempli d'étonnement, et le cœur de nos
« concitoyens d'admiration et de bonheur!

« Cette splendide capitale, ses temples et
« son culte, ses couvents, ses habitants et leurs
« propriétés, sont placés désormais sous la
« sauvegarde spéciale de la bonne foi et de
« l'honneur de l'armée des États-Unis.

« W. SCOTT. »

Je disais dans le même écrit :

« Au train dont vont les choses, le jour
« pourrait bien ne pas être éloigné où les
« autres nations, lassées de notre scandale ou
« de notre incapacité, se chargeraient, au nom
« de l'humanité et de la civilisation, de chan-

« ger cette situation, en intervenant dans nos
« affaires.

« Et, dans le cas où la nation se prononce-
« rait pour la monarchie, combien ne serait-il
« pas avantageux pour le Mexique que le futur
« souverain fût choisi par lui, et non par les
« puissances étrangères (comme on l'a fait de
« nos jours pour la Grèce), et, dès-lors, qu'au
« lieu d'être octroyé par ces puissances, le
« pacte fondamental fût l'œuvre propre du
« pays, et librement destiné par nous-mêmes
« à assurer le bonheur commun et à consti-
« tuer le lien véritable entre le peuple et le
« monarque! »

Tout n'indique-t-il pas que cette seconde
prédiction est sur le point de s'accomplir,
comme la première?

L'état d'anarchie, de décadence et de disso-
lution du Mexique a, depuis long-temps, frappé
tout esprit attentif et impartial.

Le ministre de France à Mexico, après la
publication de mon manifeste, m'adressait,
dans la retraite où je fuyais peut-être le poi-
gnard des énergumènes, la lettre suivante, que
je conserve précieusement :

Mexico, ce 28 octobre 1840.

« Mon honorable ami,

« Je viens de terminer la lecture de votre
« brochure : vous avez fait un acte d'honnête
« homme et de bon citoyen; les mêmes qui vous
« censurent aujourd'hui vous exalteront quand
« le cas en sera venu. Que vous importent les
« clameurs de ces énergumènes que les dissen-
« sions civiles font surnager un instant, pour
« s'ensevelir de nouveau dans l'obscurité?
« Leurs cris de rage confirment vos observa-
« tions et hâteront le triomphe de vos opi-
« nions. Le tableau que vous faites de l'état du
« pays n'est malheureusement que trop fidèle;
« les déceptions que vous signalez sont pa-
« tentes. Quant à la décadence que vous dé-
« plorez comme inévitable, imminente, il n'y a
« qu'une sottise vanité qui puisse en dissimuler
« le danger. Le remède que vous proposez est
« l'unique qui puisse sauver l'État. Vous aurez
« été prophète; et, quoi qu'on fasse et quoi
« qu'on dise, la force même des faits amènera
« le résultat que vous indiquez. La Providence,
« qui veille sur la destinée des nations, vous a

« inspiré, on n'en saurait douter, de publier
« cet écrit; c'est cette même Providence qui
« fera prévaloir vos maximes, et qui em-
« pêchera ce beau pays de se suicider. On vous
« poursuit, et pourquoi? Vous n'avez point
« provoqué à la guerre civile, tout au con-
« traire; vous n'avez point invoqué la force
« brutale pour bouleverser la République;
« vous avez dit : *Voilà le mal, ayez assez de*
« *courage pour le contempler; voici les méde-*
« *cins, hâtez-vous de les appeler : telle est mon*
« *opinion personnelle, je la sou mets à ceux qui*
« *sont chargés de porter à ce mal le remède*
« *convenable.* Rien de cela n'est un crime : il
« faut l'aveuglement des passions, il faut la
« rage des ambitions menacées dans leur objet,
« il faut beaucoup d'orgueil, et d'orgueil bien
« déplacé, pour susciter contre vous cette in-
« fâme persécution, qui a pour but de vous
« sacrifier, ce qui indigné tout cœur généreux
« et loyal! Mais ils seront vains, les efforts de
« ces hommes que je ne veux pas qualifier.
« Je le répète : la Providence est plus forte
« qu'eux, et peut-être aura-t-elle fait pénétrer
« dans les esprits l'évidence de la faiblesse de
« ce qui existe : elle saura agir selon ses vues,

« afin que cette conviction morale produise la
« réforme des choses.

« Mon honorable et excellent ami, je vous
« aimais déjà avant la publication de votre
« écrit : je vous aime doublement depuis que
« je l'ai lu.

« Je suis tout à vous et vous aime de tout
« mon cœur.

« BARON ALLEYE DE CIPREY. »

Le Ministre d'Angleterre à Mexico, sir Ri-
chard Pakenham, m'écrivait aussi le 11 dé-
cembre 1841 :

« Je ne dirai rien du singulier état des affai-
« res dans ce pays-ci, excepté que tout tend à
« confirmer l'exactitude des opinions expri-
« mées dans votre remarquable brochure. »

En 1844, M. de Mofras, attaché à la légation
de France à Mexico, publia, à son retour d'A-
mérique, par ordre de son gouvernement, un
grand ouvrage où il peint le déplorable état
du Mexique, indique, comme seul remède,
le rétablissement de la monarchie, et désigne
comme candidats au trône futur les Infants
d'Espagne, les Princes français et les Archi-
ducs d'Autriche.



En Europe, les organes influents de l'opinion publique envisageaient notre situation au même point de vue. Le 12 septembre 1842, un écrivain distingué, aujourd'hui membre éminent du Sénat, disait dans le *Journal des Débats* :

« Le Mexique donne le plus éclatant démenti
« à ceux qui croient qu'on change impunément
« la constitution des peuples, et que les for-
« mes de gouvernement qui réussissent chez
« une nation peuvent, sans péril, être impo-
« sées à une autre, totalement différente par
« ses traditions, son éducation religieuse et ses
« mœurs.

« Aujourd'hui un nouveau drapeau a été
« levé, le parti de l'ordre aura maintenant un
« signe de ralliement qui lui manquait. Les
« termes du programme qui seul peut assurer
« la prospérité et la liberté du Mexique sont
« posés l'un et l'autre et indivisiblement unis.
« La reconnaissance publique tiendra compte
« à M. Gutierrez de Estrada de son courage et
« de ses sages inspirations. »

Personne, on le voit, ne se faisait illusion sur le véritable état du Mexique, sur nos convulsions, nos hontes et nos malheurs. L'opinion

républicaine elle-même repoussait, en France, toute solidarité avec cette démagogie avide et cette anarchie. « N'imitons pas la sauvagerie mexicaine, » s'écriait le *National*, à l'occasion de troubles suscités dans le faubourg Saint-Antoine par des jalousies de métier contre des ouvriers alsaciens qu'on prenait pour des étrangers.

« Vous compromettez l'avenir de l'idée ré-
« publicaine en nous la montrant en action au
« Mexique, » disait un rédacteur du même journal, M. Armand Marrast, président de l'Assemblée nationale en 1848, à M. Garro, alors notre ministre en France.

A Mexico même, en 1846, le Président du Congrès, qu'animait alors l'esprit démocratique le plus radical, répondant au discours de M. Gomez Farias, Président de la République, et qui était lui-même le représentant le plus exalté de ces mêmes principes, caractérisa la situation en traits saisissants :

« Du poste éminent où vous êtes élevé, vous
« pourrez plus facilement discerner les mobiles
« qui ont causé tous nos malheurs... Il n'y a
« pas de *finances*; il n'y a pas de *justice*; il n'y
« a pas d'*administration* et la race généreuse

« du Sud se voit exposée, en ces circonstances
« calamiteuses, à être emportée par le torrent
« qui descend du Nord, si elle ne réussit à
« revivre pour défendre et sauver sa langue,
« son nom, ses foyers... La patrie est en péril !
« Cela est triste à déclarer... Et, en échange
« de la grandeur et de la sécurité perdues,
« nous avons une *ridicule parodie de républi-*
« *que!*... »

L'année suivante, M. Alaman, un de nos anciens ministres les plus éminents, m'écrivait :
« Nous sommes perdus si l'Europe n'intervient
« avec promptitude et décision. »

Voici, enfin, comment, en 1856, et à propos des événements qui venaient de s'accomplir en Espagne, s'exprimait le *Moniteur officiel* de l'Empire français, malgré sa circonspection bien connue :

« Nous espérons que les changements ré-
« cemment survenus mettront fin aux coups
« d'État et aux *pronunciamientos*, parce que
« nous désirons sincèrement que l'Espagne, qui
« possède tant d'éléments de force et de pros-
« périté, recouvre, au sein du calme, le rang qui
« lui appartient, AU LIEU DE DESCENDRE AU NI-
« VEAU DE CERTAINES RÉPUBLIQUES DE L'AMÉRIQUE

« DU SUD, OÙ NE SE RENCONTRENT NI PATRIOTISME,
« NI VERTUS CIVILES, NI PRINCIPES ÉLEVÉS, MAIS
« SIMPLEMENT QUELQUES GÉNÉRAUX QUI SE DISPU-
« TENT LE POUVOIR AVEC LE SECOURS DE SOLDATS
« ENTRAÎNÉS PAR DE VAINES PROMESSES. »

Il nous reste enfin, pour terminer cette question si pénible pour nous, un témoignage non moins puissant et plus décisif encore, c'est celui du Président des États-Unis d'Amérique. Voici comment s'exprimait M. Buchanan dans son message adressé au Congrès, à la fin de 1858 :

« Le Mexique a été dans un état constant de révolution, presque depuis le moment où il conquit son indépendance. L'un après l'autre, des chefs militaires y ont usurpé le gouvernement et se sont rapidement succédé. Les diverses constitutions adoptées à différentes époques y ont été réduites à néant aussitôt proclamées. Les gouvernements successifs n'ont su prêter une protection efficace ni aux citoyens mexicains, ni aux résidents étrangers, contre la violence et l'illégalité. Jusqu'ici l'occupation de la capitale par un chef militaire avait été suivie de la soumission au moins no-

minale du pays, pour une courte période; mais il n'en est plus ainsi dans la crise actuelle des affaires mexicaines.

« La vérité est que ce beau pays, gratifié d'un sol productif et d'un climat bienfaisant, se trouve réduit, par les dissensions civiles, à une condition d'anarchie et d'impuissance presque irrémédiable. »

Nous n'insisterons, en ce qui nous touche, que sur le contraste qui résulta, en 1847, du succès facile et complet de l'invasion des Américains du Nord.

Malgré son éloignement, la monarchie avait su donner au Mexique une vitalité assez puissante pour triompher de sa métropole, tandis que, sous le principe républicain, la nation, énermée par l'instabilité, la guerre civile et la corruption, s'est vue inopinément à la merci d'un petit nombre d'étrangers n'ayant avec le Mexique aucune affinité d'origine, de langage, de religion et de mœurs, et qui purent, néanmoins, pénétrer et se maintenir en maîtres dans le cœur même du pays; et il faut bien remarquer que, si les Américains se retirèrent, ce fut volontairement, pour des motifs

politiques, et non parce qu'ils furent expulsés par nous.

Il faut insister sur ce point : l'idée monarchique n'est pas une idée *improvisée*, n'est pas une idée française, comme on se plaît à le supposer : elle est née de la force même des choses; et l'initiative en appartient tout entière au Mexique; elle est *toute mexicaine*. Nous renvoyons, à la fin de cet écrit, à la lecture du Mémoire que nous avons eu l'honneur de présenter, en 1846, au roi Louis-Philippe et au gouvernement de S. M. Britannique.

La leçon reçue des Américains avait été dure et douloureuse, j'en profitai pour m'adresser encore à mes compatriotes. Ce fut en vain, mes avis furent de nouveau dédaignés, et je vis mon pays tomber dans l'abîme où il se débat en vain aujourd'hui. C'est à cette situation que se rapporte ce passage du discours que la Reine d'Espagne vient d'adresser aux Cortès le 8 novembre dernier et relatif à la conclusion du traité signé à Londres le 31 octobre 1861 :

« Les désordres et les excès sont arrivés à leur comble chez le malheureux peuple mexicain. Traités violés, droits méconnus, mes sujets exposés aux sévices les plus graves et

« à des dangers continuels, tout a rendu indis-
« pensable d'offrir en même temps un exemple
« de rigueur salubre et de haute générosité.

« La France, l'Angleterre et l'Espagne se
« sont mises d'accord pour obtenir les ré-
« parations de leurs griefs et les garanties né-
« cessaires afin qu'on ne voie plus se repro-
« duire à Mexico les intolérables attentats qui
« ont scandalisé le monde et affligé l'humani-
« té. »

La Convention européenne du 31 octobre est la conséquence de notre situation, car, depuis longtemps, l'opinion générale au Mexique même est que le pays ne pourrait vivre par lui-même, et que sa ruine est inévitable sans un prompt secours étranger. Il existe, dans les chancelleries d'Europe, des demandes d'intervention adressées par des hommes considérables et, qui plus est, par le gouvernement mexicain lui-même.

Un certain parti tournait les yeux vers les États-Unis et semblait croire que leur appui empêcherait notre ruine. Ce parti, oubliant que la République nous a fait perdre, au profit des États-Unis, la moitié du territoire que nous avait légué la monarchie, se faisait illusion

sur le désintéressement des Américains, et ne voyait pas que tout secours venu du Nord n'eût été qu'une annexion, qu'une absorption déguisée, où se seraient englouties notre indépendance et notre nationalité.

Tous les Mexicains sensés, au contraire, savent bien que l'Europe ne marchandera pas son concours, et que ce concours seul saura nous conserver notre liberté et notre patrie.

C'est ainsi que, par l'article 2 du Traité de Londres, l'Europe s'est engagée « à ne recher-
« cher aucune acquisition de territoire, ni au-
« cun avantage particulier, et à n'exercer dans
« les affaires intérieures du Mexique aucune
« influence de nature à porter atteinte au droit
« de la nation mexicaine de choisir et de con-
« stituer librement la forme de son gouverne-
« ment. »

Cette forme, nous l'avons déjà indiquée, c'est la monarchie représentative; et quant au prince qui doit la personnifier, c'est au plus glorieux de ses ancêtres, à l'empereur Charles-Quint, qu'est due la civilisation chrétienne du Mexique : nous n'hésitons pas à le désigner à nos compatriotes au moment où ils vont exercer un droit suprême.

Notre connaissance de l'Europe, notre éloignement du Mexique, nos antécédents, notre conscience, nous font un devoir d'être le premier, à la fin de notre carrière, à remercier la Providence de daigner clore les maux de notre pays et d'exaucer nos vœux; tout nous impose l'obligation de proposer le vote suivant à nos concitoyens.

Au nom de la patrie qui se meurt, je les conjure de donner avec moi leurs voix au frère de l'Empereur d'Autriche, à S. A. I. l'Archiduc Ferdinand-Maximilien, en qualité de Souverain du Mexique.

J.-M. GUTIERREZ DE ESTRADA.

Paris, novembre 1861.

BIOGRAPHIE

DE L'ARCHIDUC

FERDINAND MAXIMILIEN

D'AUTRICHE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Notre connaissance de l'Europe, notre éloignement du Mexique, nos antécédents, notre conscience, nous font un devoir d'être le premier, à la fin de notre carrière, à remercier la Providence de daigner clore les maux de notre pays et d'exaucer nos vœux; tout nous impose l'obligation de proposer le vote suivant à nos concitoyens.

Au nom de la patrie qui se meurt, je les conjure de donner avec moi leurs voix au frère de l'Empereur d'Autriche, à S. A. I. l'Archiduc Ferdinand-Maximilien, en qualité de Souverain du Mexique.

J.-M. GUTIERREZ DE ESTRADA.

Paris, novembre 1861.

BIOGRAPHIE

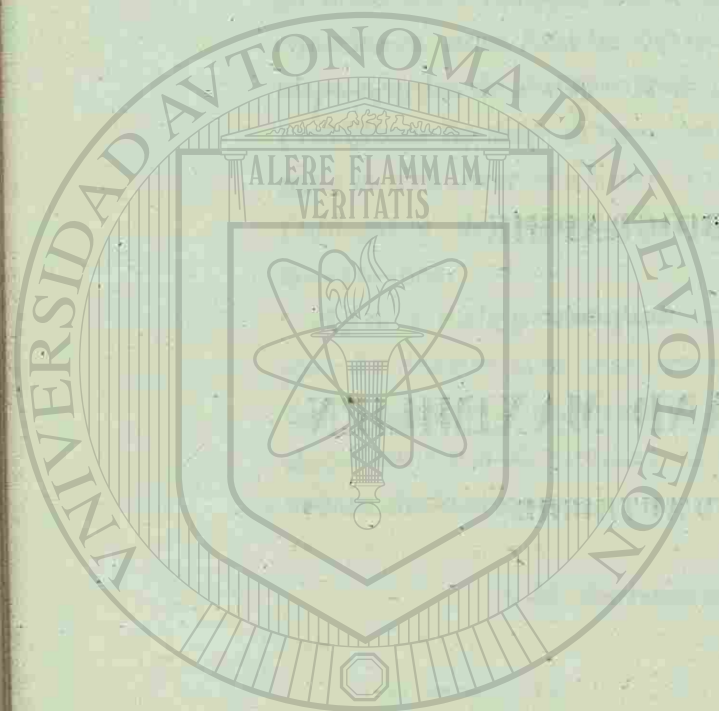
DE L'ARCHIDUC

FERDINAND MAXIMILIEN

D'AUTRICHE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIOGRAPHIE

DE L'ARCHIDUC

FERDINAND MAXIMILIEN

D'AUTRICHE.

Frère de l'Empereur François-Joseph, l'Archiduc Ferdinand-Maximilien, second fils de l'Archiduc François-Charles et de l'Archiduchesse Sophie, est né à Vienne le 6 juillet 1832.

Comme un autre membre de sa famille élevé à la fleur de l'âge, l'Archiduc fut, dès son enfance, destiné à la marine, et reçut, à cet effet, avec les bases solides d'une éducation classique, un enseignement tout spécial, tel qu'il convenait à un prince appelé à être un jour le fondateur d'une institution presque nouvelle pour l'empire d'Autriche.

Pour apprendre à connaître les hommes et

les choses mieux que dans les livres, dès l'âge de seize ans, l'Archiduc, habilement dirigé, commença ses voyages d'instruction. Il parcourut successivement la Grèce, l'Italie, l'Espagne, le Portugal, Madère, le Maroc et l'Algérie. Dans cette partie de l'Afrique où les Romains et les musulmans ont laissé des traces si profondes, le Prince étudia les effets de la colonisation française, parcourut l'intérieur des provinces et gravit les cimes de l'Atlas.

En 1854, il explorait, à bord de la corvette *la Minerve*, qui était sous ses ordres, le littoral de l'Albanie et de la Dalmatie, lorsqu'il fut appelé à Vienne et investi du commandement supérieur de la marine. L'année suivante, nous le retrouverons dans l'Adriatique, à bord du vaisseau amiral le *Schwarzenberg*, suivi d'une escadre de dix-sept voiles, explorant l'Archipel et les côtes de Syrie. Une fois en Palestine, la piété de l'Archiduc le porta à visiter le Liban, la terre sainte et Jérusalem. De là, il se rendit en Égypte, vit le Caire, les Pyramides, Memphis, gagna la mer Rouge, examina avec le plus grand soin les travaux préliminaires du canal qui doit couper l'isthme de Suez, et, traversant de nouveau le désert pour regagner

Alexandrie, il alla débarquer en Sicile, où il fit l'ascension du Stromboli.

L'année 1856 fut, en partie, remplie par les devoirs de sa charge et par des voyages dans le nord de l'Allemagne, la Belgique, la Hollande et les bords du Rhin. En 1857, le Prince visita la Lombardie, l'Italie centrale, l'Angleterre, et retourna en Belgique, où il devait trouver le comble de son bonheur en ce monde par son union avec une noble princesse douée des plus rares qualités. En effet, le 2 juillet de cette même année, l'ambassadeur d'Autriche, le comte Arquinto, avait demandé, en audience solennelle, au nom de son souverain, au Roi des Belges, la main de sa fille la Princesse Marie-Charlotte, pour l'Archiduc Ferdinand-Maximilien.

La Princesse Marie-Charlotte, née le 7 juin 1840, alors à peine âgée de dix-sept ans, est la digne fille de feu la Princesse Louise d'Orléans, de si regrettable mémoire, et la petite-fille de la Reine Amélie, dont la haute vertu commande à tous la plus profonde vénération.

Chez la jeune Archiduchesse, une piété éclairée, une éducation solide et variée, l'emportaient sur les grâces de l'âge et de la beauté,

ces fonctions si difficiles, et sut par sa justice, sa modération, s'attirer les éloges, les sympathies des Italiens eux-mêmes, malgré les idées d'unité et d'indépendance qui agitaient déjà les populations. Son administration se signala par les réformes, les améliorations les plus salutaires : la révision du cadastre, l'assiette et la répartition plus équitable de l'impôt, l'établissement des médecins cantonaux, l'approfondissement des passes de Venise, l'élargissement du port de Côme sur le lac, au moyen d'une nouvelle digue, le dessèchement des *Valli veronesi* et du *Piano di Spagna*, pour détruire la mal'aria et donner un sol fertile à l'agriculture; l'assainissement des lagunes vénitiennes et l'irrigation des plaines du Frioul par leseaux de la rivière Ledra. Les populations viticoles de la Valteline, ruinées par l'invasion de l'oidium, furent amplement secourues, et toutes les œuvres et établissements de bienfaisance publique furent l'objet de larges subventions.

Les villes reçurent de nombreux embellissements. A Venise, la *Riva* fut prolongée jusqu'au jardin royal; à Milan, les promenades s'agrandirent, une place fut tracée entre le

théâtre de la Scala et le palais Marino; la basilique de Saint-Ambroise fut restaurée et la place du Dôme grandement élargie.

L'Archiduc ne s'occupa pas moins des besoins intellectuels des peuples dont le gouvernement lui était confié, et il ne négligea rien pour développer l'instruction publique, les sciences et les beaux-arts. Il fit continuer l'œuvre nationale du comte Giuli, en faisant publier par une commission de savants la collection des monuments historiques et artistiques des provinces lombardo-vénètes, et forma un précieux musée de tableaux des plus grands maîtres dans son beau château de Miramar, situé près du chemin de fer de Laybach, sur une pointe du golfe de Trieste, et qui semble dominer l'Adriatique.

Les cabinets étrangers eux-mêmes se plurent à rendre justice au gouvernement éclairé du jeune Vice-Roi, et voici ce que le comte de Malmesbury, ministre des affaires étrangères, écrivait, le 12 janvier 1859, à lord Loftus, ambassadeur d'Angleterre à Vienne :

« Le gouvernement de la Reine reconnaît, avec une satisfaction sincère, que l'administration des provinces lombardo-vénitiennes a



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

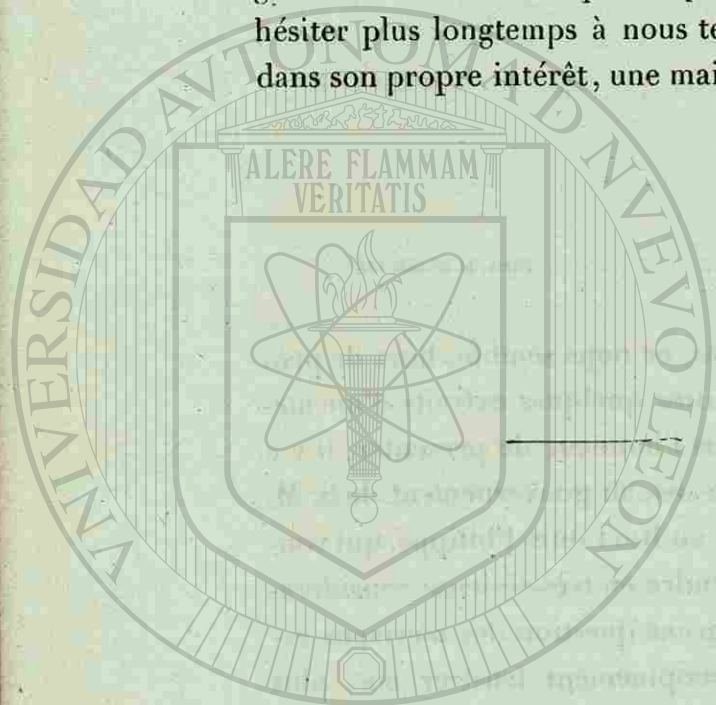
Paris, le 30 mai 1862.

Il ne sera pas, ce nous semble, hors de propos de reproduire quelques extraits d'un mémoire que j'eus l'honneur de présenter, il y a plus de quinze ans, au gouvernement de S. M. Britannique et au Roi Louis-Philippe, qui voulut bien le prendre en très-sérieuse considération. Mais la grave question des mariages espagnols vint inopinément frustrer mes plus légitimes espérances.

Alors, comme aujourd'hui, il était question d'un Archiduc d'Autriche.

La lecture de ce mémoire servira, avant tout, à prouver, après l'article déjà cité du *Journal des Débats*, du 12 septembre 1842, que l'importante question qui s'agite dans ce moment n'est pas de date récente, ou n'a pas été improvisée. Seulement, comme elle a atteint, ainsi

qu'il ne pouvait pas manquer d'arriver, une gravité extrême, l'Europe n'a pu se refuser ni hésiter plus longtemps à nous tendre, et cela dans son propre intérêt, une main secourable.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LE MEXIQUE ET L'EUROPE.

(Imprimerie Appert, Paris, 1847.)

Un *pronunciamiento* éclata dans la capitale, le 5 décembre 1844. Il eut un plein succès.

Il serait inutile de s'appesantir sur des faits généralement connus. Le général Santa-Anna fut renversé. : une nouvelle administration se forma sous la présidence du général Herrera.

Dès son origine, cette administration montra une faiblesse qui devait la conduire à sa perte. Appelée à consolider le système de centralisation qui, depuis 1836, avait succédé au fédéralisme, elle fut effrayée de l'ardeur avec laquelle les fédéralistes attaquaient ses actes ; elle ménagea tellement les hommes influents de ce parti qu'elle fut bientôt débordée et hors d'état de résister à leurs prétentions.

Tandis qu'elle céda ainsi, sans même es-

sayer de résister, l'ancien parti monarchique, qui s'était vu contraint de se fondre dans le parti centraliste, après la chute d'Iturbide, et qui d'ailleurs s'était résigné, de très-bonne foi, au système républicain, dans l'espoir sans doute que le pays pourrait s'organiser d'une manière stable sous l'empire de ce système, crut devoir sortir enfin de sa longue léthargie. Les membres épars de ce parti se rapprochèrent, et, après s'être concertés, ils crurent que le moment était arrivé où leurs vœux pourraient enfin se réaliser. Il fallait se hâter pour prévenir les fédéralistes. Une nouvelle révolution éclata. Le général Parédès, rallié au parti monarchique, en fut l'instrument actif. Le gouvernement du général Herrera fit place à celui de Parédès. Le manifeste que publia ce dernier ne laissa aucun doute sur ses intentions. Tout en abandonnant à une assemblée constituante la faculté de déterminer le mode de gouvernement qui devait désormais régir le pays, ce manifeste indiquait clairement que la monarchie pouvait seule le sauver de l'anarchie, lui assurer le repos dont il avait besoin et la prospérité dont il possède les éléments.

Le Mexique avait dès lors un devoir à rem-

plir, comme membre de la grande famille des nations; mais il ne pouvait l'accomplir sans le concours des gouvernements étrangers, et de là naissait pour l'Europe un devoir aussi, mais de plus la nécessité de venir en aide au Mexique.

Le parti monarchique avait osé se déclarer. Il institua un journal, publia ses désirs et ses vues, et fit en peu de temps de grands progrès. Composé des hommes les plus respectables par leur moralité et leur position sociale, de la généralité du clergé, et de citoyens éclairés par l'expérience du passé, ce parti voulait se rattacher à l'Europe par un lien qui lui offrît des garanties d'avenir. Il se flattait d'obtenir facilement pour souverain le rejeton d'une des grandes maisons de l'Europe. L'intérêt réciproque semblait justifier cette espérance. Consolider les institutions sociales au Mexique, c'était consolider les relations commerciales entre l'ancien et le nouveau monde, c'était donner des garanties aux nombreux capitaux engagés dans les mines du Mexique, c'était, en un mot, mettre un terme aux révolutions si fatales dans les transactions lointaines, c'était, enfin, fermer la porte aux abus qui occasionnaient de si fréquents débats entre les puissances.

ces étrangères et les gouvernements éphémères dont le Mexique subissait périodiquement le joug.

Mais, cette transformation, le parti monarchique ne pouvait l'opérer seul. Il lui fallait le concours de l'Europe, et tout semblait préparé pour le succès d'une bienveillante et amicale intervention. La crise qui venait d'amener Parédès au pouvoir avait été longtemps souhaitée par tous les amis des principes réparateurs tant en politique qu'en religion. Ils étaient convaincus que l'exemple du Mexique aurait une immense portée, et qu'après vingt-cinq années d'anarchie, l'établissement d'une monarchie indépendante dans l'ancienne patrie des Aztèques serait suivi d'institutions semblables dans tous les États autrefois soumis à la domination espagnole.

Le sentiment monarchique, refoulé depuis longtemps dans leur cœur, avait enfin éclaté. Ne pouvant se résigner à la triste persuasion que la société qui devait servir de modèle à l'Amérique fût prédestinée à périr misérablement, lorsqu'elle avait à peine vu le jour, ces amis de l'humanité tournaient leurs regards suppliants vers l'Orient; ils lui demandaient

assistance; ils lui disaient : « Hâtez-vous ; « l'heure est propice ; c'est votre propre intérêt qui vous appelle à en profiter : intérêt politique, intérêt commercial, intérêt de principes, de moralité, intérêt d'humanité ; « venez, et vous trouverez tout préparé pour « le succès de cette noble entreprise. »

Le Mexicain qui désirait le bien-être de son pays faisait avec ferveur cet appel à l'Europe.

Il comprenait enfin que le temps pressait; il lui en coûtait sans doute d'avouer qu'il ne pouvait se délivrer, sans l'appui de l'Europe, du principe dissolvant qui dévorait l'existence de sa patrie; mais la vérité parlait plus haut que la vanité, et il était forcé de faire cet aveu.

Le Mexique se trouvait réduit, par sa faiblesse, à refléter la forme de gouvernement de la puissance qui aspirait à l'absorber, si les souverains européens ne lui prêtaient point leur appui.

Il demandait à être sauvé de lui-même d'un voisin dont les envahissements ne connaissent point de bornes, qui semble vouloir s'ériger en dominateur de l'Amérique, et qui a déjà lancé des décrets d'exclusion contre les nations de l'Europe.

Ce danger d'une part, de l'autre les graves

intérêts de l'Angleterre, de la France, de l'Espagne et de l'Allemagne, dans la conservation d'un marché qui, en retour du mouvement commercial et industriel de ces divers pays, verse tous les ans de vingt à vingt-cinq millions de piastres pour alimenter les fabriques européennes, devraient éveiller l'attention des hommes d'État. Car, si le Mexique cessait d'être ce qu'il est aujourd'hui, un État indépendant, s'il n'obtenait point un gouvernement stable et désormais à l'abri des révolutions; si, en un mot, les mines cessaient leurs travaux, par suite des excès de l'anarchie, ou si ces mines tombaient entre les mains des États-Unis, l'Europe n'en recevrait plus les produits, et la privation annuelle d'une somme aussi considérable causerait une grande perturbation dans les relations industrielles du continent européen.

Ce n'est donc pas en vain que les hommes dévoués au système monarchique se persuadent que les gouvernements de l'Europe sont intéressés à la réalisation de leurs vœux, et qu'ils réclament leur concours.

L'Angleterre, l'Espagne, la France, l'Allemagne, sont toutes appelées à venir au secours

du Mexique. Pour la plupart de ces puissances, la question de l'esclavage se mêle aux questions politiques et commerciales. L'esclavage est aboli au Mexique; il y reviendrait avec les Américains, comme il est revenu au Texas avec les colons des États-Unis.

De quoi s'agit-il donc pour régénérer le Mexique, pour en faire un membre utile de la grande famille des nations?

Il s'agit d'abord d'un concert cordial entre les puissances les plus intéressées dans cette grave question, d'une volonté bien arrêtée, et de moyens d'exécution faciles à organiser.

Le concert des puissances ne semble présenter aucune difficulté, mais jusqu'ici chacune d'elles a hésité à prendre l'initiative, dans la crainte de ne point trouver des dispositions favorables et de faire une demande inutile. Mais tous ceux qui, par leur position, se sont occupés des questions mexicaines ont facilement reconnu qu'il y avait dans les gouvernements de l'Europe, dont les sujets ont des intérêts au Mexique, une tendance à favoriser des combinaisons propres à amener dans ce pays malheureux un état de choses offrant des garanties

à ces mêmes intérêts. Il n'est donc pas permis de douter que, si les puissances les plus intéressées dans cette question, l'Angleterre et la France, faisaient la proposition d'une conférence à Londres pour régler la politique commune des puissances relativement au Mexique, elle serait accueillie sans objection; car il ne s'agit point ici d'une usurpation ni d'une conquête au profit d'une puissance européenne; il ne s'agit point, pour le Mexique, de trafiquer de son indépendance, comme l'a fait le Texas; il s'agit, au contraire, de consolider cette indépendance et de lui donner des garanties de durée par des institutions sages et stables, par un ordre de choses permanent. Or cet ordre de choses dépend de la forme de gouvernement qu'il convient de donner au Mexique, et cette forme de gouvernement ne peut être que la monarchie.

C'est ce que l'auteur de cet écrit pourra démontrer facilement à la conférence aussitôt qu'elle sera rassemblée.

Cette nécessité étant admise comme une vérité, il s'agirait aussi, pour la conférence, de fixer son choix sur le prince qui pourrait être appelé à établir sa dynastie au Mexique. Ici,

l'on ne se permettra aucune indication. Des considérations de diverse nature peuvent être mises en avant pour tel ou tel candidat; des circonstances peuvent aussi influencer sur le choix qu'il convient de faire.

Un autre point qui occupera sans doute aussi la conférence, ce sera l'exécution de ses déterminations. Ceci paraissait grave il y a quelques mois, quoique des hommes qui connaissent le pays eussent plus d'une fois signalé les facilités que l'on rencontrerait dans les moyens d'exécution; mais aujourd'hui, et en présence des succès faciles qu'obtient la petite armée du général Taylor, il est démontré que, si l'établissement d'un gouvernement stable au Mexique exige absolument l'appui de l'Europe, de grands efforts ne sont pas nécessaires pour réaliser cet appui, attendu surtout qu'ils auraient l'assentiment et l'assistance de la majorité de la nation. Cette majorité ne tarderait pas à reconnaître qu'au lieu d'être hostiles au Mexique et de menacer son indépendance ou l'intégrité de son territoire, les puissances européennes n'auraient d'autre but que de procurer à ce pays les moyens réels de garantir sa nationalité et d'assurer sa prospérité, de l'a-



der à établir dans son sein la forme de gouvernement qui paraît le plus lui convenir, après le malheureux essai fait pendant vingt-cinq ans de la forme républicaine, modifiée de toutes les manières. On peut encore se réserver de fournir à cet égard des informations précises, et qui ne laisseraient aucun doute dans l'esprit des gouvernements.

Nous venons de parler des succès de la petite armée américaine qui a envahi le nord du Mexique. Elle s'est emparée de Monterey, la capitale du *Nuevo Leon*; elle ne tardera pas à atteindre Saltillo, et alors elle aura un pied dans les districts des mines; elle dominera la route de *Catorce* et de San Luis de Potosi, et Tampico tombera entre les mains des États-Unis, aussitôt que l'escadre américaine fera une démonstration sur les côtes de Tamaulipas. Malheur à l'Europe, quand les Américains seront au cœur des districts des mines! Elle sera privée tout d'un coup des vingt-cinq millions de piastres (cent vingt-cinq millions de francs) que le Mexique verse tous les ans sur ses marchés. Que l'on calcule les conséquences funestes de cette privation!

Que l'Europe ouvre donc les yeux! Qu'elle

comprenne tout ce qu'elle a à perdre en abandonnant le Mexique à l'anarchie qui le dévore et à la dissolution qui marche à sa suite, tout ce qu'il y aurait d'odieux à laisser rétablir l'esclavage par les Américains!

Qu'elle aperçoive la perturbation que jetterait dans son industrie la conquête des mines par les Américains! Ceux-ci en appliqueraient les produits aux vastes entreprises intérieures auxquelles ils se livrent; ils détourneraient ces produits de la destination qu'ils ont eue jusqu'ici, qui était d'alimenter les capitaux européens, de baisser le taux de l'intérêt de l'argent, et conséquemment de contribuer à la prospérité des fabriques.

Quel dommage que quelques étincelles de cet enthousiasme qui se manifeste en faveur de la Pologne ne soient employées à consolider l'existence du Mexique, à affermir une nationalité pleine de vie! C'est ici qu'il faudrait prévenir l'application de cet adage déjà trop funeste : « C'est un fait accompli. »

Si la question de la Pologne est une question politique, il existe également une question politique au Mexique; il y existe, en outre, une question d'intérêt matériel *actuel*, intérêt qui

1020002762

deviendra plus important dans un avenir prochain. Il y a, en Amérique, un colosse dont il faut prévenir les empiétements. De même qu'il y a une *question d'Orient*, il doit y avoir une *question d'Occident*, et aujourd'hui tout se touche, grâce à la vapeur...!!

Il faudrait agir lorsqu'il en est encore temps, et ne pas s'exposer à déplorer stérilement plus tard ce qui aisément peut être empêché. Il ne faut pas que plus tard, pénétré de douleur et de repentir, on soit forcé de reconnaître dans l'anéantissement du Mexique « un fait accompli!!! »

L'Europe, nous le répétons en terminant, a donc un intérêt puissant à sauver le Mexique, et à lui procurer un ordre social stable. Cela veut dire, en d'autres termes, que, dans son propre intérêt, l'Europe doit aider le Mexique à établir la forme de gouvernement qui doit produire cet heureux résultat.

J.-M. GUTIERREZ DE ESTRADA.

Paris, 1846.

Eu égard à ses rapports intimes avec le récit qui précède, nous avons jugé convenable de reproduire ici les passages d'une lettre que nous avons adressée il y a quelque temps à un de nos amis à Madrid, directeur d'un des journaux les plus influents de ce pays.

Paris, ce 22 mars 1862.

Señor Don Pedro de la Hoz,

Mon estimable ami, il y a longtemps que je n'ai eu le plaisir de vous écrire, et ce n'est certes pas faute de désir et de sujet. La démarche importante que viennent de faire la France, l'Espagne et l'Angleterre pour la régénération de ma patrie, si infortunée jusqu'ici et sur laquelle Dieu semblait enfin jeter un regard de compassion, me faisait vivement désirer de renouer le fil de nos relations : mais la position où je voyais que s'était placé le journal l'Es-

PÉRANCE, m'obligeait, malgré moi, à m'abstenir. Depuis j'ai vu avec le plus grand plaisir que cette situation n'a été qu'une chose passagère et que l'ESPÉRANCE était entrée dans une autre voie. Je vous en félicite, je m'en félicite moi-même, et j'en félicite ma patrie. Plût au ciel que je pusse le féliciter également pour la conduite de quelques mandataires ou agents du gouvernement espagnol dans la question du jour!

Cette conduite est, pour moi, véritablement incompréhensible. Je ne doute pas que ce gouvernement ne croie de bonne foi servir par elle les intérêts de l'Espagne; mais si, en ce qui touche la droiture de ses intentions en particulier, la discussion n'est pas permise, il n'en est pas de même relativement au succès des mesures qu'elle adopte à cet effet.

Après la signature du traité de Londres, j'avais cru que, conformément à son esprit et même à sa lettre, chacun des trois puissances signataires s'abstiendrait de présenter un candidat pour le trône du Mexique, candidat qui lui offrirait des avantages *particuliers*, dont toutes et chacune avaient solennellement stipulé la renonciation. Cette clause, l'Espagne,

pour sa part, devait spécialement la désirer, même sous l'unique point de vue de ses propres intérêts.

Aussi, tant pour ce motif, sur lequel j'appelle plus particulièrement votre attention, que pour la situation géographique du pays, immédiatement voisin des États-Unis, il convenait que la transformation s'y opérât avec des conditions telles que sa durée restât parfaitement assurée. A cet effet deux conditions étaient absolument indispensables: une coopération et un acquiescement complets à l'intérieur et par lesquels la justification et la légitimité du changement seraient restées pleinement établies; et l'appui extérieur d'une force que les États-Unis n'eussent jamais osé attaquer.

Aucune de ces deux choses n'est possible avec le candidat espagnol. Pour des causes auxquelles je ne saurais applaudir, mais que connaît parfaitement quiconque sait l'histoire du Mexique, c'est un fait évident que si, dans ce pays, les Espagnols sont acceptés de préférence aux autres étrangers comme égaux, ils ne le seraient que les derniers comme dominateurs. Le sentiment d'indépendance est pro-

fondément enraciné dans le pays; mais, chez le peuple spécialement, la signification véritable du mot « indépendance », c'est indépendance de l'Espagne. Et pendant que personne ne croira cette indépendance détruite par l'établissement d'une monarchie avec un monarque d'une autre nation, quelle qu'elle soit, tout le monde la regardera comme perdue, du moment où ce monarque serait espagnol. Je ne justifie pas le fait, je ne diminue pas ce qu'il renferme d'évidemment irrationnel; je ne fais que constater son existence.

De même, cette coopération et cet acquiescement complets du pays, que l'on doit rechercher avant tout comme justification et légitimité du changement, qui doivent avoir une si grande importance, dans l'avenir, pour enlever tout prétexte aux résistances et aux révoltes intérieures, ainsi qu'à l'intervention hostile des États-Unis, sont absolument impossibles avec un candidat espagnol au trône du Mexique.

Pour des motifs qui sont à la portée de tout le monde, ni la France ni l'Angleterre ne peuvent être d'accord sur le prince que l'Espagne propose. Mais, même en laissant ces raisons de côté, comment une puissance maritime pour-

rait-elle consentir à ce que cette même nation, que l'on considère dans une période ascendante d'ambition et de force, qui a déjà, par l'île, de Cuba, la clef du golfe du Mexique, domine également sur la plus grande partie de sa côte? Ainsi ni la France ni l'Angleterre ne peuvent accepter le candidat espagnol: il n'y a pas d'illusion à avoir sur ce point. D'où peut donc venir l'appui extérieur, d'abord pour l'établissement, puis pour la conservation du trône mexicain, s'il ne vient de ces deux puissances?

Supposons, pour un moment, que, malgré tout cela, l'Espagne entreprenne *seule* cette œuvre, qu'envoyant au Mexique une force suffisante et employant les autres moyens connus en pareil cas, elle parvienne à asseoir son candidat sur ce trône: supposons même la tolérance complète de la France et de l'Angleterre, tolérance moins que probable maintenant qu'elles ont des forces dans ces contrées, il est clair que ce serait une folie de s'imaginer qu'on peut aussi compter sur leur appui pour les événements futurs; et l'Espagne resterait entièrement seule, et, seule, elle devrait soutenir son œuvre. Ce qui arriverait alors est bien

évident. Dès qu'ils auront terminé leur guerre civile, les États-Unis, cette nation qui aura alors une puissance colossale, développée et disciplinée par sa lutte gigantesque, par suite de ses intérêts dans le golfe du Mexique, de son antipathie traditionnelle pour l'Espagne, qui ne lui inspirera pas le respect que lui inspirent la France et l'Angleterre, fomentera au Mexique le mécontentement et la révolution, et, quand cette révolution arrivera, elle l'appuiera de tous ses efforts. L'Espagne, isolée et seule, pourra-t-elle lutter contre eux avec succès ?

Je crois que la saine critique conseille de préférer toujours la réalité des choses à tout, même à l'amour-propre. Je sais bien ce que valent les Espagnols, je sais bien qu'aucune nation ne pourrait l'emporter sur eux dans des circonstances égales ; mais cette égalité existerait-elle alors ? Laissons de côté la grande différence qui existe entre l'Espagne et les États-Unis au point de vue de la population et des ressources : pour calculer le résultat de la lutte entre les deux nations au Mexique, il suffit de se représenter leur situation géographique respective relativement au théâ-

tre de la lutte. Nous avons vu déjà avec quelle facilité les États-Unis arment et équipent une armée de 100 ou 200,000 hommes. Eh bien, si, se trouvant, comme ils le sont, voisins du Mexique, ils traversent la frontière avec une semblable multitude de soldats, que pourra leur opposer l'Espagne, située à deux mille lieues de distance environ, avec une marine d'une force inférieure, et combattant jusqu'à un certain point en pays ennemi ? A mes yeux, le résultat ne peut être douteux.

Les Espagnols feront des prodiges de valeur ; mais enfin ils ne pourront résister à la force des circonstances. Leur échec au Mexique sera suivi, par les mêmes raisons, de la perte de Cuba, que ne pourront pas leur garantir alors, cela est clair, les deux puissances mécontentes.

Voilà donc le résultat qu'amènerait infailliblement le désir de placer sur le trône du Mexique le prince que propose l'Espagne. C'est pour elle une guerre désastreuse et la perte de Cuba : pour le Mexique, la ruine de ses espérances à tout jamais et sa conquête par les États-Unis.

Supposons maintenant l'inverse, que de

meilleurs conseils prévalent en Espagne, que, renonçant au projet d'établir son candidat, cette puissance s'unisse cordialement à la France et à l'Angleterre pour placer sur le trône du Mexique l'archiduc Ferdinand-Maximilien. Dès lors, tout change d'aspect.

L'acquiescement et la coopération du pays sont immédiatement possibles et même faciles, du moment où l'on veut les stimuler. La nouvelle monarchie présentera donc un caractère de légitimité sous le point de vue moderne, légitimité qui lui donnera la force la plus grande dans les questions qui pourront s'élever, tant contre les États-Unis que contre les mécontentements intérieurs qu'ils prétendraient fomenter. En outre, l'appui collectif de l'Espagne elle-même, de la France et de l'Angleterre, la mettront à couvert de toute tentative décidément hostile, pendant qu'elle se consoliderait et développerait ses propres forces.

Ainsi constituée, la nouvelle monarchie deviendrait une barrière absolument infranchissable pour les États-Unis

...
Tout cela est aussi clair que la lumière du

soleil. Par conséquent, pour s'efforcer de réaliser, coûte que coûte, une pensée impossible, il faudrait que l'Espagne se représentât sous un faux jour la situation et la nature des choses; il faudrait méconnaître les moyens d'action et les divers intérêts mis en jeu, oublier les stipulations d'une convention solennelle et récente, et sacrifier même les véritables intérêts et l'avenir de l'Espagne elle-même et du Mexique. Quel dommage n'a-t-on pas déjà causé pour être entré dès le principe dans cette voie erronée! Le premier effet a été de diminuer la popularité des Espagnols dans le parti même conservateur du Mexique.

Il ne faut pas oublier que cette question est éminemment mexicaine, quels que soient les intérêts que les autres nations peuvent y avoir; et les conservateurs mexicains, tant au Mexique qu'au dehors, se croient avant tout le droit de désigner leur candidat, droit naturel, évident, et consacré dans la convention de Londres. Or le candidat des conservateurs est l'archiduc Ferdinand-Maximilien : ce sont eux qui l'ont désigné et qui le demandent. A ce sujet, apprenez que je dois être très au courant de ce qui se passe : quoiqu'on n'ait rien di-

vulgué, croyez que les hommes d'action du parti sont d'accord sur ce point. Par conséquent la candidature proposée en Espagne les contrarie: elle n'est pas la leur. Si elle n'est pas la leur, de qui est-elle?

Au Mexique, après le parti conservateur, il n'y a en réalité d'autre parti que le parti démocratique. Si donc cette candidature n'est pas celle du parti conservateur, pourrions-nous dire, sans tomber dans l'absurdité, qu'elle est celle du parti démocratique? Je ne sais si, en Espagne, on a conçu des illusions à cet égard, mais, dans tous les cas, il est bon que l'on sache bien que ce parti a toujours été et est encore aujourd'hui l'ennemi des Espagnols.

Une grande partie des persécutions que les démocrates arrivés au pouvoir ont fait souffrir aux conservateurs ont eu pour cause les sympathies que ces derniers ont toujours professées pour les Espagnols. Loin de le dissimuler, on l'a proclamé à haute voix et l'on a souvent confondu Espagnols et conservateurs sous la même dénomination de *gachupines* et *agachupinados*.

Il serait donc absurde de vouloir attirer ce parti: les pas que l'on a faits récemment vers lui à Vera-Cruz et à Mexico n'ont donné d'autre résultat que d'augmenter sa force et sa confiance, en même temps qu'ils ont aliéné aux Espagnols les sympathies d'un grand nombre de conservateurs. C'est un fait qui m'est démontré de la manière la plus complète. Voyez donc le résultat que de pareils efforts vont produire: les Espagnols ne parviendront pas à diminuer d'un atome la haine que professent pour eux les démocrates, et ils perdront en même temps l'attachement sincère qu'avaient pour eux les conservateurs, les conservateurs qui ont tant souffert de leurs ennemis, précisément à cause de cet attachement même.

Ce qui se passe à Vera-Cruz, vous le savez déjà par les nouvelles qu'on en a publiées; mais il vous faudrait connaître

L'opposition qu'on fait à Madrid à la candidature de l'archiduc Ferdinand-Maximilien, je la comprendrais, moi, si ce prince avait été personnellement ennemi de l'Espagne, ou s'il appartenait à une puissance qui pût être

son émule ou sa rivale dans l'hémisphère occidental. Mais il est évident que l'Autriche n'est ni ne peut être dans ce cas; et, quant au prince lui-même, non-seulement il n'a contre l'Espagne aucune prévention, au contraire il éprouve pour elle une forte sympathie. De tous les princes européens, il est peut-être celui qu'on peut le mieux considérer comme l'incarnation la plus parfaite des principes auxquels se lie d'une manière indissoluble la gloire et la prospérité de l'Espagne dans l'un et l'autre hémisphères. S'il vient à s'asseoir sur le trône du Mexique, son empire, efficacement soutenu par les trois puissances, ranimé en peu de temps par une abondante colonisation allemande et espagnole jusqu'au point où il conviendra à l'Espagne, car il y aura toujours de l'espace de reste à peupler; son empire, dis-je, bien organisé et activement dirigé en tous sens par ce don particulier de gouvernement et cette énergie de caractère dont le prince a donné tant de preuves dans l'administration du royaume Lombardo-Vénitien, deviendrait en peu de temps l'allié le plus ferme et le plus puissant sur lequel l'Espagne puisse compter au delà des mers.

Ces qualités personnelles de l'archiduc en font, aux yeux des conservateurs mexicains, un prince d'autant plus précieux qu'ils ont besoin de les trouver à un aussi haut degré pour retirer le pays de l'épouvantable chaos dans lequel il est tombé. Il faut, à cet effet, un talent manifeste, des connaissances vastes, un caractère affable et conciliant, une énergie et un courage à toute épreuve, non-seulement pour le dur et constant travail de la régénération et de l'organisation pacifique, mais aussi pour le commandement sur les champs de bataille, si c'était nécessaire, et, en même temps, l'expérience du gouvernement. En un mot, il faut un homme supérieur en tout, qui soit le premier dans la paix, le premier dans la guerre; qui sache non-seulement gouverner et qui *en ait donné des preuves*, qui sache aussi combattre, sinon qui sache également gagner les cœurs de ses sujets par sa bonté et même par sa présence personnelle. Or toutes ces qualités se réunissent dans l'archiduc : je vous en donne, mon cher ami, la garantie. A cet ensemble viennent se réunir une âme profondément catholique, une grande exactitude dans les idées et une grande droiture dans l'inten-



tion, avec cette circonstance particulière qu'il en existe des preuves certaines dans les actes de sa vie et publique et privée.

Que je relève ici en passant une erreur dans laquelle on est tombé en Espagne. On y croit que la candidature de l'archiduc est une combinaison profonde, conçue par Napoléon pour gagner l'Autriche et aplanir la voie pour la cession de la Vénétie à l'Italie. Permettez-moi de vous dire solennellement qu'il n'en est rien. La candidature de l'archiduc est purement et exclusivement mexicaine : elle a été conçue par des Mexicains, et, si la France l'accepte et l'appuie, ainsi que l'Angleterre, c'est seulement en vue de son excellence manifeste, et parce qu'elle résout une question difficile. Cette question n'est autre que celle de rencontrer un candidat qui, à une naissance illustre et à de grandes qualités personnelles, réunirait les qualités précieuses d'être du goût et même du choix des Mexicains, sans qu'on puisse lui objecter aucun reproche de la part des trois puissances signataires de la convention de Londres. Quant à ce qui touche l'Autriche, il est clair qu'en acceptant la proposition et en donnant son archiduc, elle rend un service au lieu

d'en recevoir un. En effet, sans être une nation maritime, sans avoir en Amérique des intérêts à protéger ou à développer, elle fournit l'unique moyen possible de résoudre parfaitement la plus grande difficulté qui pouvait peut-être surgir, celle de trouver un candidat qui fût accepté par toutes ces puissances et qui leur permît d'achever l'œuvre entreprise et dont elles ne peuvent avec honneur se retirer en la laissant incomplète.

Convaincus comme ils le sont de l'état de cette situation, convaincus aussi que c'est la dernière occasion favorable qui se présente de sauver leur patrie, les conservateurs mexicains voient avec un profond regret, vous le comprendrez, que l'obtention pour le Mexique d'un souverain semblable, doué de qualités pareilles, est gravement mise en danger par l'opposition qui se manifeste en Espagne. Cette opposition, si elle donne quelque fruit, ne fera que causer au Mexique un dommage des plus graves, un dommage irréparable et fatal, sans qu'il en résulte aucun bien pour l'Espagne. Au contraire, elle l'empêchera d'obtenir elle-même les grands biens qui découleront indubitablement de l'établissement d'une mo-

narchie au Mexique avec l'Archiduc sur le trône.

Si cet antagonisme entre les désirs de l'Espagne et les exigences de la situation se prolongeait longtemps, il est clair que la solution de l'affaire s'arrêterait dans la même proportion. Pendant la durée de ce *statu quo*, les événements des États-Unis suivent précipitamment leur marche et approchent de leur dénouement. Une fois que ce dénouement aura eu lieu, alors sera passée pour toujours l'occasion favorable que la Providence nous avait réservée pour la rédemption de notre infortuné Mexique. Vous comprenez très-bien, mon bon ami, que, si le défaut d'unité dans les vues produit aujourd'hui de l'hésitation dans les efforts, demain, lorsque la situation viendra se compliquer encore plus par l'opposition résolue des États-Unis, il est fort à craindre que ces efforts ne cessent complètement.

Ainsi donc, vous le voyez, tout court un danger imminent de se perdre à jamais : la cause de la monarchie, la cause du catholicisme, la cause de la race espagnole dans le nouveau monde, et, pour l'Espagne en particulier, le magnifique avenir qui se présente mainte-

nant à elle dans ce continent, et même la totalité des grands intérêts qu'elle y a actuellement. Car il n'y a pas à se faire illusion : le Mexique se trouve irrévocablement dans l'alternative d'être, et cela bientôt, ou une monarchie protégée par l'Europe, ou une partie intégrante des États-Unis. Si la première combinaison n'arrive pas, la seconde est inévitable : alors, quand le pavillon des *étoiles*, après avoir parcouru tout le cercle du golfe, viendra se fixer et flotter d'une manière permanente sur le cap Catoche; quand l'île de Cuba se trouvera entre les péninsules de la Floride et de Yucatan, comme saisie par une immense tenaille; quand le pouvoir des États-Unis aura acquis un développement si prodigieux, non-seulement par son extension territoriale et par son élément militaire, mais encore et surtout dans sa marine; quand il se sera encore plus consolidé par la disparition qui s'effectue en ce moment de l'élément contraire de l'esclavage, l'Espagne ne se trouvera-t-elle pas, par rapport à eux, dans la situation défavorable que je vous ai dépeinte tout à l'heure?

Vous le voyez donc, mon cher ami, l'Espagne peut maintenant, comme fit autrefois Sam-

son, renverser les colonnes du temple élevé par tant de travail et de patience et que la Providence semblait enfin disposée à couronner. Mais, comme Samson, elle sera aussi ensevelie sous les décombres, et avec eux s'évanouiront ses projets, ses espérances, ses intérêts et son avenir.

Et vous, mon cher ami, après vous être si vivement intéressé à la cause sainte qui court maintenant un si grand danger, ne lui viendrez-vous pas en aide, à cette heure suprême où son sort va se décider irrévocablement? Sera-t-il possible que, pendant que les ennemis de cette cause déploient une activité étonnante pour la blesser à mort, nous, qui sommes ses défenseurs, ou, pour mieux dire, nous qui nous sommes identifiés avec elle, nous restions spectateurs oisifs de sa ruine?

Vous le voyez, pour défendre vigoureusement cette cause avec l'habileté et l'énergie que vous apportez d'ordinaire, il n'est pas nécessaire d'en appeler aux grands et sacrés principes qui s'y trouvent engagés. C'est avec douleur, mais nous devons convenir que la propagande serait, sous ce point de vue seulement,

peu fructueuse. Mais, par bonheur, ou, pour mieux dire, par une sage disposition de la Providence, à ces principes, et absolument inséparables d'eux, se trouvent joints des intérêts immenses, et ce serait autoriser un crime que d'en permettre la destruction ruineuse. Quand elle défend de pareils intérêts, la réussite de la propagande n'est pas seulement probable, elle est certaine.

Veillez agréer, etc.

J.-M. GUTIERREZ DE ESTRADA.



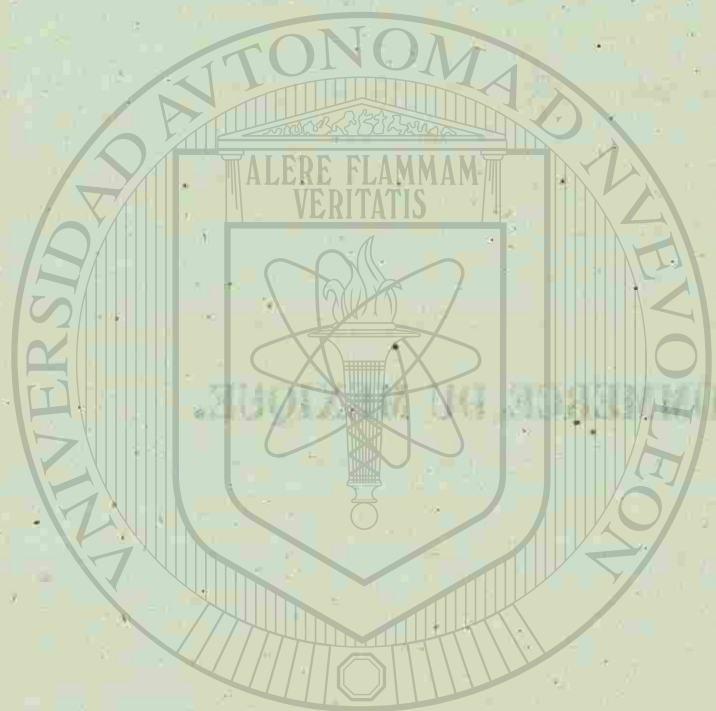
LE COMMERCE DU MEXIQUE.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LE COMMERCE DU MEXIQUE

(*Moniteur* du 3 juin 1862).

Le mouvement commercial du Mexique s'élevé annuellement à une valeur moyenne de 175 à 180 millions de francs. L'importation y figure pour deux cinquièmes et l'exportation pour trois cinquièmes. Parmi les produits d'exportation, le numéraire et les métaux précieux figurent pour neuf dixièmes, et les produits du sol et de l'industrie pour un dixième.

Sous la domination espagnole, le Mexique produisait jusqu'à 150 millions d'or et d'argent. Ce chiffre a un peu diminué. Aujourd'hui la production annuelle des métaux précieux est d'environ 115 millions, malgré l'état d'abandon dans lequel se trouvent la plupart des mines. Si l'on évalue à 50 milliards la somme totale de numéraire circulant dans le monde, on peut évaluer à 20 milliards la quantité produite par le Mexique seul.

La moyenne annuelle du mouvement de navigation des ports, en comptant les entrées et les sorties, est évaluée à un chiffre de 900 navires dont voici les chiffres principaux :

Mexicains.....	68
Américains du Nord.....	485
Anglais.....	118
Français.....	80
Espagnols.....	61
Brême, Hambourg.....	32
Danemark.....	13
Pérou.....	12
Chili.....	9
Équateur.....	9

Les autres puissances ne figurent que pour des chiffres insignifiants.

Si nous faisons entre les différents ports du Mexique la répartition de ces navires, nous trouverons les résultats suivants :

Vera Cruz.....	220
Tampico.....	100
Matamoros.....	63
Les trois ports du Yucatan.....	81
Tabasco.....	37
Guaymas.....	37
Mazatlan.....	66
Manzanillo.....	10
Acapulco.....	205

Le grand nombre des bâtiments qui figure

au port d'Acapulco n'a pas été employé au commerce des marchandises; il s'explique par le transport des émigrants.

En raison de la double portion des ports du Mexique situés sur les deux mers, il y aurait, au point de vue commercial, à les envisager sous un double aspect; mais, depuis que le Mexique est séparé de l'Espagne, le commerce du Pacifique a singulièrement périclité, et presque tout celui de l'Atlantique se fait par les ports de Vera Cruz, de Tampico, de Matamoros, de Tabasco, les ports du Yucatan ne pouvant recevoir que des bâtiments d'un faible tonnage. Les neuf dixièmes de la population de cette dernière province se composent d'ailleurs d'Indiens, qui n'ont que peu de besoins et qui vivent dans une complète indolence.

Le commerce de la Vera Cruz avec l'étranger révèle donc à lui seul presque tout le mouvement mexicain; son importance annuelle est d'environ 133 millions de francs. Ces 133 millions se divisent ainsi :

Importations.....	88,627,465 fr.
Exportations.....	44,578,975

Les principales importations se partagent de la manière suivante :

Angleterre.....	33,723,305 fr.
France.....	24,864,085
États-Unis.....	11,973,160
Villes hanséatiques.....	8,009,320
Espagne.....	3,822,805
Havane.....	3,249,215
Sardaigne.....	1,498,015
Belgique.....	1,225,725
Venezuela.....	237,170
Antilles danoises.....	24,665

Les exportations peuvent se diviser comme il suit :

Métaux précieux.....	40,905,545 fr.
Produits du pays.....	3,672,630

Cette dernière somme est ainsi répartie :

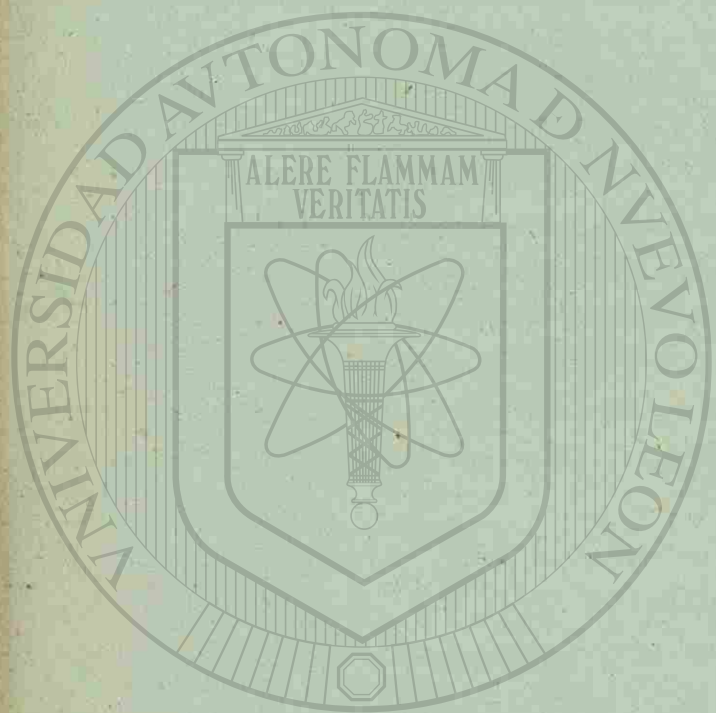
France.....	1,150,315 fr.
États-Unis.....	1,051,440
Angleterre.....	539,178
Hambourg.....	116,430
Havane.....	69,840
Sardaigne.....	26,505
Espagne.....	19,500
Belgique.....	10,950

Les principaux objets d'exportation de la Vera Cruz sont la cochenille, que produit la province de Oajaca et dont le kilogramme, qui coûtait autrefois 40 fr., est tombé à 10 fr.; le café, le jalap, la salsepareille, le tabac, les

peaux de bœuf et la vanille cultivée particulièrement à Jicaltepec par une compagnie française.

Dans le Yucatan, à Campèche et à Carmen, on charge des bois de teinture et d'ébénisterie.

Les objets d'importation se composent de tissus, de vins et liqueurs, d'objets de parfumerie et produits chimiques, de papiers, livres, mercerie, porcelaines, cristaux, épiceries, savons, fer en barre et métaux, cotons, conserves et comestibles divers, articles de Paris, bijouterie.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



